



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

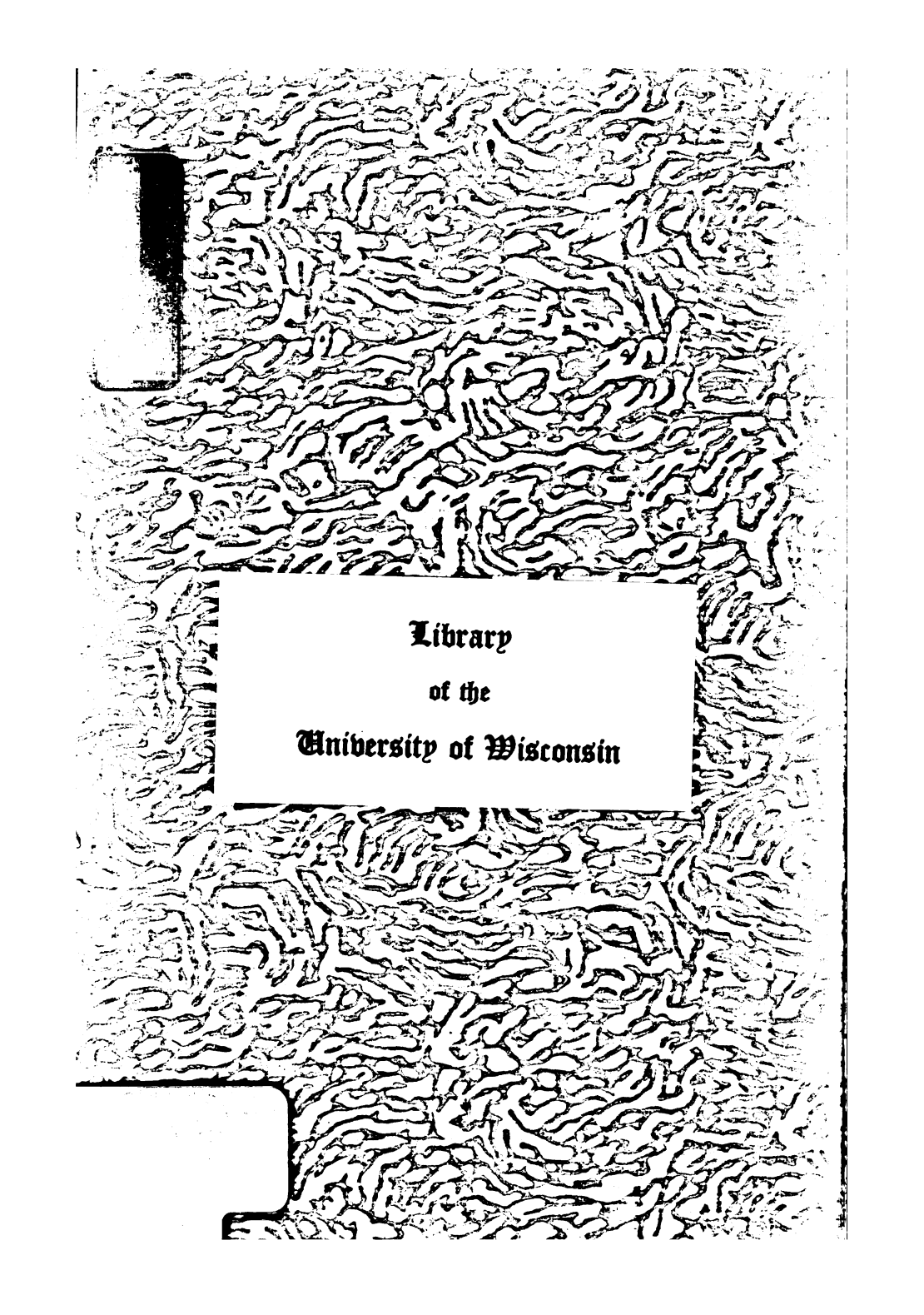
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

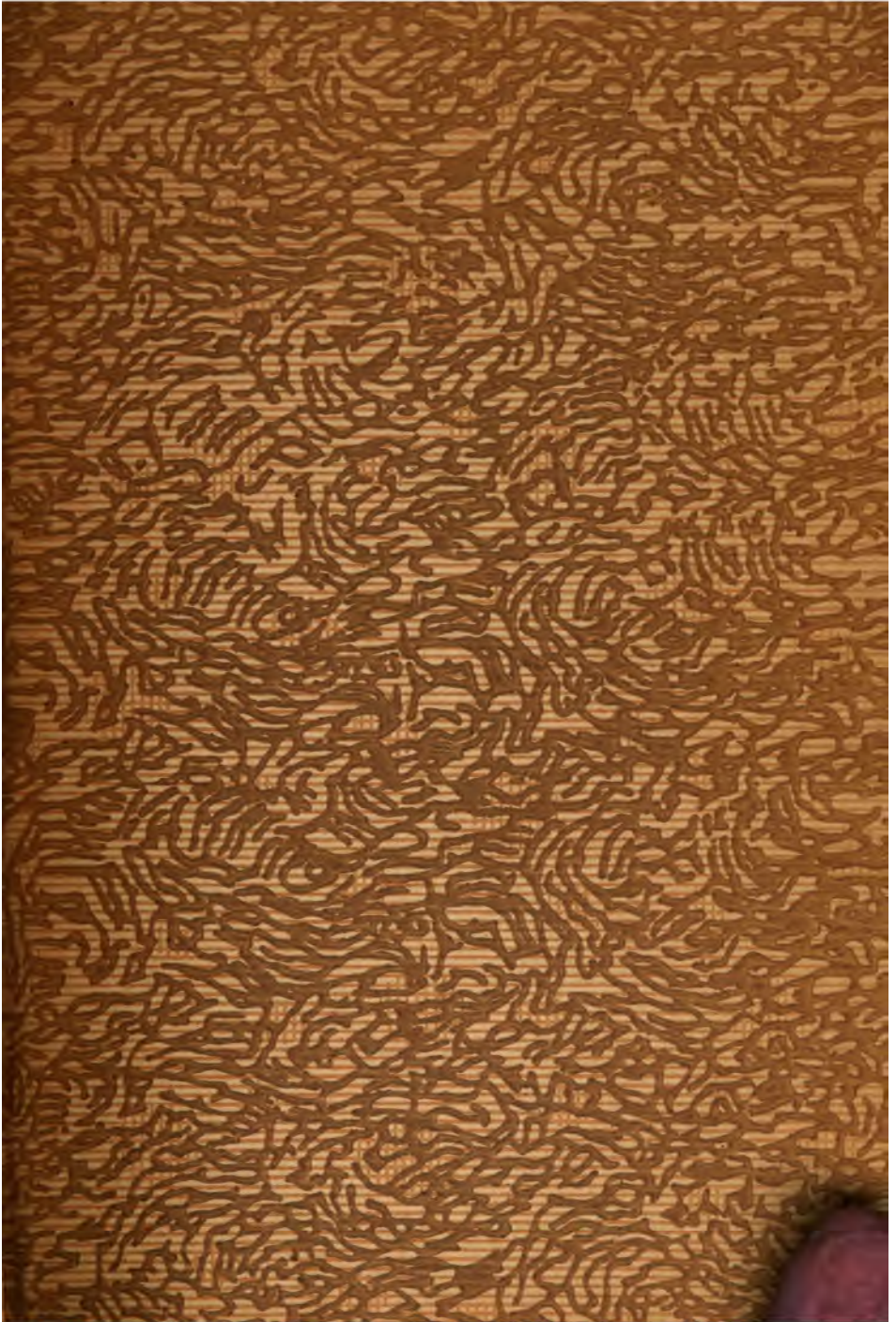
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

A

874



Library
of the
University of Wisconsin



A
874





DON ENRIQUITO.

Editor: Manuel de Armas Sánchez.

= Calcagno, P. ...

DON ENRIQUITO.

NOVELA HISTORICA CUBANA

POB

EL AUTOR DE APONTE, EL EMISARIO Y OTRAS
NOVELAS CUBANAS.



HABANA.

IMP. "EL PILAR" DE MANUEL DE ARMAS
Calzada del Monte 366.

1895.

Estamos en las inmediaciones de la vieja Baracoa, camino llamado de las Güásimas conducente de la ciudad de aquel nombre al partido que denominaban de la Sitiería.

Nuestro hombre subía en aquel momento la loma dicha del Guayabal, desde cuya poco elevada cumbre se alcanza el mar que palpita á lo lejos y se domina toda la fértil llanura. Mucho cielo azul, mucho campo verde, mucha brisa....y mucho jején y sobra de mosquitos.

Allá en lejanía no aun visible, un informe montón de yaguas y pencas forman la destituída morada de la anciana Señá Petrona y su nieta Juana, que es el punto á que se dirige nuestro Catibo en su mula Tragaleguas.

—Pero, camará, si esa mula ya no pué con su alma; le observó su amigo Pedro Pablo, su Pilades, con quien acababa de encontrarse, el uno viniendo de la ciudad, el otro camino á ella.

—Le clavaré las puas hasta la tripa..

Y uniendo la acción á la palabra aguijó con los carcaños sin que por eso el longánimo cuadrúpedo se diera por aludido.

—Con ese penco ni en diez horas llegas á la Sitiería.

—Y allí me esperan antes de dos: mira Pedro Pablo, sé mi amigo, préstame tu potro y sigue con mi mula.

—Camará, verificamente que es imposible, voy por el dotol Musiú Enrique, pá mi suegra que está con el dengue.

—¡Qué no reventará tu suegra!; pero.....el mediquito francés la despa-chará.

—Entuavía te dura la tirria contra él?

—Pues si el hijo de tal me está sonsacando á Juana.

—Eso ya toos lo saben; y también saben que se la lleva.

—Si antes no le rompo yo una pata!

—Mira que ese hombre tiene mucho patacón.

—Si, porque tiene conciencia ancha.

—¿Qué!

—Cura bandidos que pagan bien y dá certificaos que se pagan méjol.

—No por eso dejará de desbancarte. El otro día me lo topé paliqueando con ella.

—Con Juana? Ca! si no pué sel. Sería con Señá Petrona, la agüela.

—No, con Juana mismita; por cierto que tenía el moño amarrao con un arique. Pregúntaselo á su primo Paco Pita.

—A lo que se añade que Paco Pita es un mentiroso. Si á Juana le carga el tal Don Enriquito.

—Pues te digo que los vide hablando juntos, con estos ojos que se han de comer la tierra; allí, bajo el algarrobó que está junto al chiquero.

—¿Cuándo?

—Cuándo? pues aquel día que hicites la diabluría del diablo de picarle la cerca á Pepe el Ñato, y que se le salieron toos los puercos, y que

—Sí, porque ese Ñato ha cerrao el paso por su sitio, y pa ver á Juana hay que dar güelta hasta la laguna del Jagüey.

—Pues bien, se le salieron toos los cochinos, y Paco Pita y yo *andamos*, á la carrera pa atajarlos, y algunos llegaron hasta el sitio de Señá Petrona, y en cuanto que allegué puallí aguaité al Dotol don Enriquito . . . que estaba

—Pues por los cuernos de mi abuelo que me la pagarán él y ella, sin que les valga la bula de meco, exclamó el Catibo, rojo de ira y amenazando con los puños la distante casa. Al mismo tiempo clavó las puas á la mula que esta vez se dió por notificada y echó al paso.

—Arree, camara, que se le vá la hora.

—No; ya no voy pa allá. Voy hasta la cerca de piñones á recoger pica-pica pa un remedio.

—Qué! ¿tienes lombrices? Cúrate con Don Enriquito.

—Que se vaya á curar á su abuela.

Y tendiéronse las manos en cordial despedida con la desenvoltura de jóvenes jinetes y la sinceridad de viejos amigos. Pedro Pablo sin mover ni manos ni espuelas, dió un simple chasquido con los labios, y el inteligente potro partió con tal ligereza y brío que parecía burlarse de la calmuda Tragaleguas.

Presentemos á nuestros interlocutores. El apodado Catibo era un joven trigüeño, alto, muy delgado y muy capaz de deslizarse como un catibø ó como una anguila. Estaba por los quince del hombre, es decir, unos veinte años, pero su inteligencia era mucho más joven, pues, como chiquillo de escuela, ejecutaba una diabluría del diablo, según la gráfica expresion de Pedro Pablo que era tan su amigo como lo era del Nato y de Paco Pita.

Crióse entre los pillos de la ciudad: hijo unigénito de viuda, sin abuelita que le celebrara las gracias, ni padre que le calentara las posaderas cuando hiciera una

trastada, hizo de infante cuanto le dió la gana, y de adolescente cuanto le permitió su escasa fortuna, tan escasa que era nula. Industriábase empero á su manera y si no de sus rentas vivía de sus recursos: fabricaba trampas para tomeguines, ratones y gatos, hacía y pintarrajeaba papalotes y entre otras gracias tenía la de tocar la trompeta sin instrumento

Amarrar zapatones en gallos de navaja, enseñar habilidades á esas, maricas por sus costumbres y cuervos por su especie, que llamamos caos, operar cerdos para ceba y toros para bueyes, salvar los naranjos atacados por la oranjívora bibijagua, en todo eso maestro, maestrísimo.

Vestía á la usanza de nuestros campesinos, y bien se sabe que ese vestido es sencillo y económico menos que el de Adán; cuando en traje de visitar á la novia portaba pantalón de rusia, de pretina, con grandes bolsillos laterales, en los cuales sendos pañuelos de cuartos, camisa de listas de rayitas azules que suele ser el género más barato que nos remite Barcelona; chaleco, tirantes, medias y corbatas suprimidas por razón de calor y costo, zapatos de baqueta cruda que en pié sin medias resultaba crudísima.

Vivía en la misma Baracoa, calle del Cocal, en una casa que por su aspecto era casucho y por su tamaño llamaremos casuchito. Pero este casuchito en que guardaba sus dos gallos de pelea, niñas de sus ojos, sólo le servía para dormir, porque durante el día vagamundeaba ó pescaba. Este era su principal oficio, pescar camarones, viajacas y anguilas en las cañadas y arroyos de aquellas fragosas cercanías, á veces remontándose hasta el río Macaganigua.

Aun de aquí parece que se derivó su apodo, ya por que se deslizaba como un catibo, ó porque dieron en decir que solía vender gato por liebre, es decir, catibos descabezados por anguilas.

Ya se ve que esto era un absurdo: el catibo, por más que Pichardo lo llame pez anguiliforme es un tipo que aun descabezado y descolado se parece á la anguila como un huevo á un par de pistolas. Tiene mucho de jubo; vive aunque no abunda en nuestros rios: su nombre técnico lo ignoro, y lo siento, porque si lo supiera lo consignaría con mil amores.

Lo que si parece cierto es que nuestro pillín vendía gato por conejo sobre todo cuando vendía á ingleses. Así solíase de-

nominar á los norte-americanos que si aun no menudeaban sí empezaban ya á visitar y explotar el gran futuro emporio del aceite de coco. En su casuchito también pernoctaba su mula Tragaleguas, que era su odio como sus gallos su amor. El ansiaba un potro guajamón ó retinto, que potro y gallos son ídolo y afan de nuestros guajiros.

¡Y las cuarenta! oh! sin ese cancer del guajiro, gallos y naipes, voráGINE que absorbe todos los ahorros, hubiera medrado y comprado su potro y hasta hubiera regalado á Juana un fustán y un par de camisones que le hacían grandísima falta.

Pedro Pablo, su inseparable amigo, era un mocetón robusto y coloradote en quien el aire puro de su tierra había desarrollado una naturaleza de hierro, á prueba de intemperies y desazones. Hijo de un bodeguero catalán como lo indicaba su apellido, Pujol, entre guajiros se había criado y hablaba el lenguaje de éstos, y vestía con más elegancia, pero también á lo guajiro. Su amigo de la niñez era el Catíbo: con él había perseguido en las noches de mayo á los vivaces cocuyos, y con él había corrido tras los bautizos disputando á puños los medios que conforme á

la usanza cubana, arrojaban los padrinos; pero no cabe dudar que era hombre de más peso, porque era gordo cuanto aquel era flaco. Sabía un poco más que su amigo, como que de chico su padre lo había enviado á la Ciudad Condal, y hasta componía décimas que cantaba el Catibo por los caminos como es uso de labriegos cubanos.

- Era enamorado hasta la pared de enfrente, y como en frente de su casa lo que había era un solar yermo, ya puede imaginarse hasta que grado lo sería. Lo llamarían Juan Tenorio si ya Zorrilla nos hubiera dado ese tipo.

En otros dias rindió ferviente holocausto á las gracias de la nieta de Señá Petrona, y aun consta que en cierta ocasión le regaló una lata de sardinas de Nantes que tomó de la bodega paterna: algunas veces también les prestó su caballo, para que no tuvieran, abuela y nieta, que ir sobre lomo de buey á confesarse ó á alguna fiesta religiosa, únicas que tenían el privilegio de hacerlas salir de casa. Item, sabiendo que la abuela carecía de cierto mueble indispensable, que no nombro porque se ofendería mi pudor (mueble que los latinos llamaban *scaphium*) le regaló

uno muy grande y muy barrigón, también de la bodega de papá; pues bien sabido es que en esas bodegas de campo se vende de todo, ropa, zapatos, loza, medicinas, hasta sevillanos y malagueños.

Pero Pedro Pablo era un verdadero amigo: ante el amor de su inseparable Catibo, cedió en sus pretensiones y sólo pensó en ayudarlo contra el médico Don Enriquito, inesperado rival que, en honor de la verdad sea dicho, sólo le aventajaba en lo referente á la bolsa. Y después, aunque era baracutey, es decir, hijo de Baracoa, no se quedó baracutey, es decir, soltero, pues cedida generosamente la mano de su Leonor, se casó muy luego con otra baracuteya.

Cesaron desde entonces los regalos; y había para ello otra razón potísima. Es que el bodegaero padre, percibiéndose de ellos y de que salían de su bodega, llamó al hijo y le plantó un solemne puntapié en . . . allí donde suelen darse los punta-piés desde que se inventaron tales puntas.

Los dos héroes que acabamos de presentar se despidieron, dirigiéndose el uno hacia la ciudad cercana, mientras el otro á guisa de herborizador se fué á recoger pica-pica y guizazos para un remedio.

Que recogiera gatos y aun que los vendiera por conejos, y catibos por anguilas, sobre todo á ingleses . . . pase; pero recoger guisazos! Es la planta más inútil y perjudicial que vejeta en tierra de Cuba, ¡qué ternos hace echar cuando con su núcleo de repugnante coleóptero y sus espinas que lo asemejan á un erizo, se pega á nuestros calzones ó se enreda en la cola ó crin de nuestros caballos! creo que ni tiene nombre en las clasificaciones científicas, y lo siento porque sería muy oportuno comunicárselo al lector.

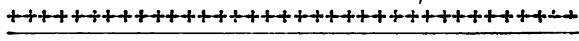
Por lo que respeta al Paco Pita que hemos nombrado, no nos detendremos en él porque no lo necesitamos para nuestra historia. Era un pobre diablo que jamás tuvo una peseta de sobra, y que nunca usó para cortarse las uñas más tijeras que sus dientes. También cantaba décimas y tocaba el tiple, pero tan mal que "más le valiera perecer en los climas africanos" como dice el Otelo, traducción de no sé quien, y más le valiera tocar el violón que rayar el tiple.

Y en cuanto á Juana, era una muchacha . . . pero vamos á visitarla.




14





II.

LA CATIBA.

 La casa ó casucho, ya lo dejamos dicho, estaba situada hacia los linderos del edénico valle, no comprendiendo la finca ni un vigésimo de caballería, un par de acres, ni necesitaban más porque nada sembraban, en terreno de vegetación espléndida, exuberante, fogosa . . . cubana en fin.

¡Oh! campos de Baracoa, oh paraíso terrestre, nido de delicias, fuente de abundancia, que con vuestras brisas, flores y

arroyos haceis tan bella á Cuba y tan amable la vida, yo quisiera vivir arrullado por la música de vuestros céfiros, yo quisiera morir oyendo el armónico murmurar de vuestros riachuelos; yo quisiera . . . que fuerais míos, y os convertiría en onzas de oro para irme á pasear por las ramblas de Barcelona con mi amigo Pedro Pablo.

Tal era el apóstrofe, aunque no expresado de un modo tan poético como lo ha hecho el autor, que ocurría á Paco Pita, primo de Juana, cuando atravesaba las campiñas más bellas que rodean por el lado del Sur la ciudad más vieja de Cuba.

No trataremos de describirlas por que la naturaleza de Cuba es indescriptible é indibujable; por mucho que se exagere la hipérbole y se apure la fantasía; la realidad espléndida siempre resulta superior, y no hay pluma ni pincel para tanto. Allí, en La Sitería, no había magníficas avenidas, interpoladas de árboles, y estátuas, y búcaros y fuentes y caprichosos surtidores; no había más que la naturaleza desnuda y salvaje, y sin embargo el idioma resulta pobre para trasladar sus encantos á la memoria. Algunos naranjos cuyas pomas de oro resaltan sobre el follaje verde obscuro, como topacios sobre argentino fondo,

palmas esbeltas en cuyas flecadas hojas el dormido lagarto acecha á la incáuta mariposa, algunas teniendo esa cueva que labra el *carpintero* y utiliza el cernicalo para su nido, mucha guayaba, mucho ateje cuajado de rojos granos, y sobre todo innumerables cocoteros y platanales, porque ya se iniciaba con los norte-americanos ese comercio que había de ser poco más tarde la riqueza principal de la comarca.

Numerosos eran los sitios de labor que dispersos sin simetría por la llanura, distaban apenas doscientos metros unos de otros, y eran pobrísimos tugurios de guano de tan raquíptico aspecto que no superan en mucho á los primitivos caneyes que hace cuatro siglos encontraron Diego Velázquez y sus secuaces. Algunos tienen delante, sin arte ni orden, sus matas de flores en que nunca falta el mar-pacífico y la flor de pascua, el paraíso y galán de día, acaso algún jazmín que languidece falto de abono y rodrigones y esa flor *de muerto* cuyo color alegre contradice su nombre. El papayo, espontáneo, pues no se le siembra, aunque sí se utiliza su grueso fruto que pende á manera de mamas de su redondo tronco, y el quimbombó sembrado por los murciélagos que arrojan

la semilla, sirven allí de pasto igualmente á hombres y aves.

No hay madreSelva que escale muros, porque no hay muros, sino planchas, y una palabra más vulgar que plancha expresaría mejor la idea: no hay cortina de verde yedra, velando á medias las tranquilas aguas de vecino lago, pues sólo hay si acaso, alguna bejuquera inculta junto á algún charco que llamaremos lagunato por no hallar palabra más vulgar; y sin embargo, poesía natural, flores silvestres, cubanismo puro; que los campos de Cuba no necesitan flores para estar siempre perfumados de efluvios de primavera.

Allí trinan las avecillas . . . con las demás vejeces y majaderías ya repetidas hasta la saciedad por natura y por los poetas; pero lo que sí es original y sólo de Cuba, lo que no se logra en otras campiñas por bellas que sean, es en noches de verano oír una voz burlona que grita al viandante, *feo, feo, feo, feiii . . . símo*, y para que el insulto sea oído viene precedido de un rumor seco, ronco, insonoro que parece . . . no sé lo que parece. El que hace esta gracia es el cejú platanero, cuyo nombre técnico lo sabrá nuestro

Poey, y yo lo aprenderé para enseñárselo al leyente en la segunda edición.

Diríase que ha nevado cuando en las mañanas de Diciembre se cubren las cercas de piedra de blanquísimos aguinaldos, y por la noche, oh . . . la noche solemne, la calma melancólica, el silencio magestuoso; ya ha cesado el acento de los labradores y el mugir de los buéyes que ruman ó dormitan; ya no se oye la burlona carcajada metálica de la cotorra, ni el susurro de las abejas libando el néctar de los aguinaldos, deliciosa música comparable sólo al murmullo de la brisa en las anchas hojas de plátano ó en las defleccadas pencas de la palma.

Sólo se oye de vez en cuando el ladrido de algún lejano perro, el canto del vigilante gallo, ó el esquilón de la distante Baracoa que invita á la oración, tal vez el chillido siniestro de la lechuza que revuela de techo en techo ó de un árbol á otro, buscando el nido en que reposan los implumes polluelos de las tojosas ó rabiches.

Brisas murmurantes, aves que ruiñorean, arroyos bullidores, flores silvestres, rayos de sol que cantan amor y vida y felicidad ¿qué más pudo ofrecer el paraíso que inventó Mahoma?

Los grandes árboles, orgullo de nuestras campiñas, ceibas, yagrumas, cedro, jagüey, caoba, quiebra-hacha, han sido derribados para dar lugar á cocoteros y platanares; pero la industria y el mercantilismo solo alteran, no aniquilan, la incantable poesía de nuestra primavera perennal.

Más pobres que las chozas adláteres, los más destituidos sin duda de la comarca, son los dos casuchos designados. El uno que habita Señá Petrona, viuda de León, con su nieta Juana, está rodeado de bananeros; el otro, á media cuadra distante, estaba circundado de denso guayabal, como que se utilizaba esta fruta para hacer esa deliciosa pasta exportable que tantas vidas sostiene en Cuba.

El primer bajareque es el albergue de Señá Petrona, inclinado sobre un costado á impulsos de una ráfaga platanera, se parecería á la torre de Pisa, si la torre de Pisa no fuera torre sino casucho ruinoso, aplastado y deforme, y sucio, y feo, desvencijado, con puertas de yagua, y techo de guano, y piso sin piso,

Asimismo la joven que lo habitaba, la nieta de Señá Petrona, sería una Margarita, si Margarita hubiera sido una guajira

sin arte y sin medias, bella pero inculta, trigueña de ojos y pelo negros como las alas del judío, y anduviera además en ocasiones descalza y desgrefñada.

Mas si no era Juana en realidad el tipo de la Venus criolla, tampoco le faltaba su cierta dosis de atractivo: no diremos que tenía mejillas de rosa, porque á más de ser cansada la comparación sería una solemne mentira; sus bellas mejillas eran color de huevo cocido en melado; ni diremos que sus dientes eran perlas, sus labios de coral, y su cuello de cisne, porque esas metáforas ya fastidian, y porque serían soberanos embustes; pero si diremos que sin labios de coral, ni cuello ebúrneo, ni cintura de abispa ni ninguna de esas majaderías, resultaba un conjunto armónico y muy aceptable, tanto que el Catibo tenía razón en estar enamorado de ella, como parecía estarlo el mediquito francés, y como lo estaríamos el lector y el autor si hubiéramos tenido el honor de conocerla.

Vivian en una pobreza rayana de la indigencia, casi de limosna ¿qué fuera de ellas si el bondadoso Padre Sanamé no les pagara la renta del sitio, y si no las ayudaran algunos parientes, y Pedro Pablo y

Pepe el Nato y Paco Pita que con ellas vivía y trabajaba en la granjería inmediata?

Por muebles algunos taburetes de cuero, industria casera, debida á las manos del primo Paco Pita; sobre una trípode que era más bien cuadrúpeda, pues tenía cuatro patas de palo sin labrar, descansaba una caja-fogón, y sobre ella colgando de la pared los trastos de encender, encerrados (con perdón de ustedes) ¡en un cuerno! item más, una mesa de pino, un cuasi-jarrero con dos jarros y dos jícaras de güira; en el cuarto único, un arca, una botella-candelero una imagen pegada á la pared que figuraba un San Luis; rey de Francia, dos catres mal vestidos, una alacena mal surtida, un cajón guardatrapos, y pare Vd. de contar ... eh! si, había además, bajo la cama, aquel utensilio barrigón que los latinos llamaban *scaphium*, y que fué regalado por Pedro Pablo de la bodega de su papá.

Salvo las viajacas que de vez en cuando regalaba el Catíbo, con yucas y boniatos se alimentaban y agua de *miel* bebían, y también puede decirse que en agua de miel lavaban su ropa, pues Miel se llama el rio, cuyo afluente, el Parada, da sus aguas potables á Baracoa, á precio más

cómodo que lo hiciera el inculto Macaguanica.

Sus ocupaciones eran incesantes: la vieja cocinaba, la nieta cosía y lavaba, Paco Pita hacía dulce en la heredad colindante; y todos vivían en paz y dormían sin miedo de ladrones, porque allí había muy poco que robar. Era además incumbencia de Juana alimentar los dos puercos, soltar y amarrar el perro, porque tenían un can de media casta, llamado Buscahuevos, viejo holgazán, de carácter bonachón y pacífico, que nada tenía de correntón con las vénuses caninas del contorno, y que como el famoso del herrero, dormía sus cuatro horas de día y ocho de noche y si se movía y hacía algo era por el hambre ó las hambres que pasaba: cuando suelto, se iba á las heredades vecinas, donde nunca faltaban nidos de gallinas que fácil encontraba y cuyos huevos más fácil devoraba, á veces con la gallina que los ponía.

Diremos para ilustración del lector que era un *Caniculus cubensis* de Linneo.

No ligaban muy bien Paco y su prima, porque aquel desde un principio se opuso á las relaciones con el Catibo, favoreciendo por razones financieras y muy plausibles á Don Enriquito, tanto que tenía que

ocultarse de aquel para la prosecución de su trapicheo.

La vieja también y por idénticas razones se oponía, y preguntaba á Juana.

—¿Qué esperas tú de ese arrancado que no tiene sobre que caerse muerto?

—Sabe trabajal, mamita; contesta la nieta. El se la busca como pué?

—Lo que él sabe es hacer majaderías y robar ciruelas, y andar de Cacaseno por toas partes.

Cacaseno era por entonces la comparación más usual para una cabeza de chorlito ó de pollino, lo que prueba que la obra que más se leía era el Bertoldo.

—Pero, mamita, si me gusta ese pescaol más que el dotol con too su dinero.

—Escoge, pues, por un lado el amor y el hambre, y ya se acabaron los tiempos de “contigo pan y cebolla”: por otro lado el dinero y las comodidades.

—Pero sin amol, mamita.

—Sin amol! sin amol! y para que necesitas el amol ¿Yo me.....(?).....en el amol.

—Jesús, mamita, que comparancias tiene Vd!

—Pues no me hables más de amol que no hay ninguna parecencia entre el amol

y el dinero ¿qué harás sin dinero cuando te llenes de hijos;? porque tú no quedarás casarte para rezar, sino para

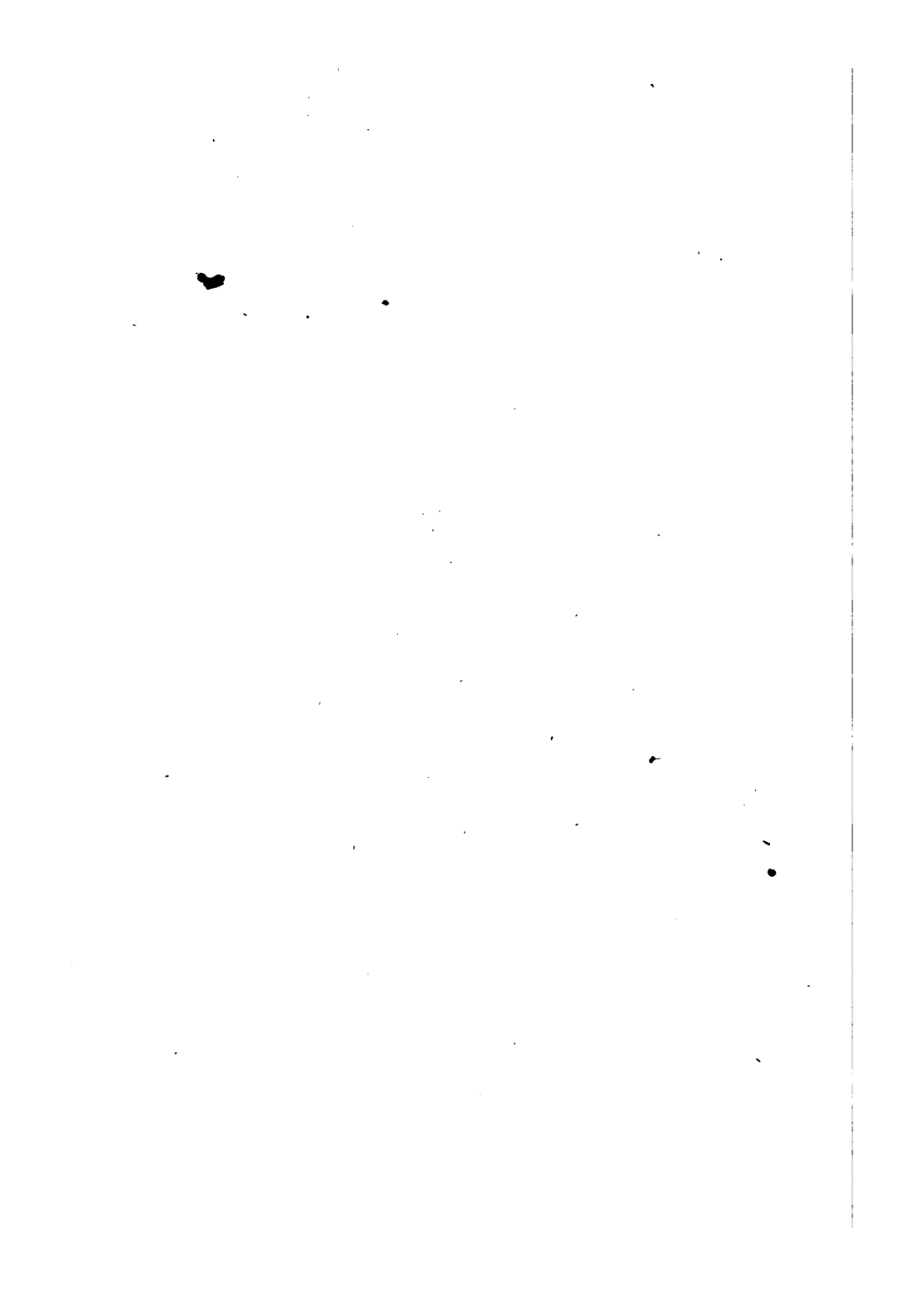
—Mire, mamita, déjeme consurtal con el cura Sanamé: yo haré lo que el me aconseje.

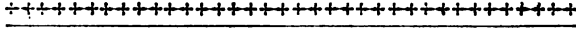
—Bien, hija, ese santo hombre no puede aconsejarte sino lo que más te conviene.

Y concluido edificante diálogo se fueron, la una como Sixto Quinto. en su niñez, á guardar cerdos, mientras la abuela continuó rayando yuca para hacer cativía y refunfuñando consigo misma, porque hablar sin oyentes es una de las manías que suelen aquejar á las personas que viven solas.

Dejémoslas en su tarea, que ya nos está llamando un doctorcito que aun no hemos presentado.







III.

EL DOCTOR JUAN GRAN.

ES preciso reconocer que el rencoroso Catibo se hallaba dominado por la pasión de los celos cuando hablaba de Musiu Enriquito, por que el tal médico no parecía tener las tachas con que su maledicencia lo adornaba.

Era suizo, que no francés: se apareció en la jurisdicción procedente de Santiago de Cuba por el año diez y nueve, y decía que había servido al gran Napoleón á

quién juraba conocer al igual de su famoso médico Antomarchi; decía que lo había seguido como cirujano del gran ejército en varias campañas, hasta la batalla de Wagram en que lo abandonó para ir á perfeccionar sus estudios y pasar á la América. El autor no responde de la veracidad de estos datos, porque el autor no fué soldado de Napoleón ni estuvo en Wagram, ni tampoco responde de la honradez del doctor visto el fácil y rápido capital que había logrado.

Esa batalla de Wagram (de donde Juan Gran) era el caballo de batalla y perpetuo tema de sus conversaciones: tornábase orador y llegaba hasta poeta cuando describía en cuasi español ataques homéricos ó de Homero y sablazos cídicos ó del Cid. Mucho fué lo que vió y lo que trabajó é innúmeras las heroicidades que presenció en aquella acción que costó tantas vidas, é inmortalizó el nombre de un valle y de una aldea de apenas novecientas almas.

Pequeño, barbilampiño, no mal parecido ni mal hablado, más semejábase á un clérigo rural que á un veterano de las legiones de Napoleón, pues era imberbe, no como su héroe por uso de la navaja barbe-

ril, sino por que no crecían vellos en aquel terreno árido. Por Napoleón que entonces languidecía en la roca de Sta. Helena y por los heroes de Wagram solía jurar, y empinaba una copa (que ya podía haber copas en Baracoa) por los que cayeron en las Pirámides, y renegaba de aquel Hudson Lôwe que, según sonaba ya por el mundo, trataba al prisionero de Sta. Helena como el zapatero Simón al Delfin.

Pero si le faltaban talla y barbas, le sobraban apodos: llamábanlo *D. Enriquito* porque diminuto, *Médico Judío* porque nunca se le veía en la iglesia, y *Dr. Juan Gran* por su eterna batalla de Wagram; y también *Medico Francés* y no recordamos que más, por que para poner motes nuestro pueblo se pinta sobre todo cuando el blanco tiene algún ridículo, ó no sabe hacerse simpático. Hay quién ha llegado á perder su verdadero nombre, que á veces esos motes populares fueron origen de nuevos apellidos.

También se pinta para murmurar: reina en nuestros pueblos de campo la murmuración porque hay poco que hacer y menos de que hablar, y ocuparse del vecino es hacer algo.

La ociosidad, dicen, es madre de todos

los vicios, y entre esos hijos de tal madre, el primogénito, el mimado, el Benjamín, es la chismografía, murmuración sorda y solapada que esconde la mano que arrojó la piedra y antepone un *se dice* traidor para poder ocultar la cara.

Prueba de ello que el Doctor Enriquito había traído sus papeles en toda regla como cirujano de la facultad de París, y además su licencia de curar despachada por el protomedicato que en la Habana presidía el doctor Romay; sin embargo la chismografía se ensañó contra el advenedizo, tal vez sólo por que ganaba más que sus colegas.

A su yegua Moscow llamaban *Moscón*, á su potro Murat decían *Mulato* y su amor á Juana era *plato de mico*, por que el doctor decía platónico por platónico.

Era, en suma, notorio que D. Enriquito no sabía hacerse amar: suprimía cumplimientos y se sobreponía con demasiada *ensucianza* á las mentiras convencionales de la sociedad. Ya se comprende que *ensucianza* es palabra exótica por él españolizada, pero voz que por inútil no podía hacer fortuna y no pasó de sus labios.

Por esos días sin embargo los franceses eran en Cuba mejor aceptos que en la

época de la invasión, allá por los años ocho y siguientes en que los llamaban perros franchutes y los asesinaban sin piedad. Desde que fué impuesto Luis 18, la paz reinaba entre las dos naciones, y no estaba lejos el día en que nuestra amiga Francia enviara sus cien mil hijos de San Lus, para salvar á la revuelta España . . . de su libertad y de su honra.

El doctor Juan Gran se había presentado con sombrero de pelo negro y pantalón de paño, pero pronto adoptó el traje que demanda el clima y el criollo yarey de nuestros campos.

Como vivía solo sin ariente ni pariente, y no se le conocía trapicheo de ningún género, nada extraño que algún amigo ó amiga le preguntara por qué no se casaba, y él contestaba sonriendo.

—Mi señorra, yo tiene hecho un voto de castidad.

Voto detestable para las doncellas casaderas que podrían aspirar: más esto no impedía que los enfermos lo solicitaran, sin duda porque era extranjero y hablaba en medio español, aunque había otros dos médicos en la jurisdicción.

Es una gran ventaja hablar el idioma á

medias y no ser á veces entendido para pasar por sabio: un sermón de púlpito cuajado de latines, patentizaba el saber del predicador, y hacía decir al vulgo—“Es tan sabio que no se le entiende cuando habla.” Y luego, si ocurría algún servicio fuera de la ley, alguna dolencia que exigiera secreto profesional, alguna mujer en circunstancias extralegalmente aflictivas ¿á quién habían de acudir sino al facultativo que tal vez mañana desapareciera con su secreto del país para siempre? En tales casos Don Enriquito sabía *apretar la mano*, que era frase muy usada para significar cobrar gordo.

Estos servicios fuera de la ley le hacían ganar á puñadas las onzas de oro: empero no podía faltarle su Calvario que no hay dicha ni paz completa en este misero mundo. Su Judas, su pesadilla, su perseguidor implacable era el malévolo Catibo, quién lo atormentaba con sus diabluras del diablo, sobre todo desde que lo descubrió rendido amante de Juana. Soltarle el caballo que ataba á un hocón para entrar á su visita, suscitar la ira de las abejas del colmenar que atravesar debía, huntar en algo maloliente la silla en que había de montar, estos para Catibo

eran juegos de muchacho, para Don Enriquito tormentos del infierno.

No hablaban los periódicos de Baracoa, ni los científicos ni los literarios, de esas tunantadas, porque había entonces tantos papeles públicos, como hoy después que desapareció el fugaz *Cocotero*, pero repetíanse de boca en boca entre los vecinos ociosos, y resultó probado que el médico Don Enriquito no era hombre de armas tomar sino un pacífico buscador de oro.

—Tiene más de aquí que de aquí, decían las gentes, señalando en el primer *aquí* al bolsillo, en el segundo al corazón.

Y sin embargo, preciso es confesarlo, cuanto chico de cuerpo era grande de espíritu cuando se trataba del ejercicio de su profesión: contradecía la creencia popular que lo suponía un papanatas, ¿Dejar de ir á visita nocturna de paciente pagano? Eso nunca! En tenebrosa noche fué llamado por el Paco Pita para su prima Juana, atacada de torozón, ó sea empacho, y aunque dudosa la paga en tan miserable tugurio, la asistió y la curó, y más bien pagó que cobró la visita, y aun diz que dicen que le administró más palabras amorosas que medicamentos, y le re-

galó un San Luís, rey de Francia, cosa para él de poco valor, por que suelen ser franceses y suizos anticatólicos é iconoclastas.

Lo que es su actividad y diligencia, nadie podría poner en duda; en su casa se le ve poco, sólo en la hora de dormir; de día no hay allí más que una criada negra, ni vieja ni joven, tan bozal como él, que no cocina, por que el doctor come en la fonda, ni lava, por que la ropa no se lava en casa, ni aún la sucia.

Limpio y coquetón el aposento, y ornado con tal esmero que raya en refinamiento femenino. Cómoda con espejo y sobre ella algunos libros, pocos de Medicina, los más son de aquellas titánicas batallas que acababan de alterar el mapa de Europa: algunos cajoncitos con medicamentos que acusaban la deficiencia de las farmacias baracuteyes. Al doctor Juan Gran no la había dado por inventar ninguna panacea, como era tan de uso en aquella época de empirismo *medical*, y sólo tenía un gavetón atestado de pomos de Le Roy, unguento de la Magdalena bálsamo del preste Juan de las Indias y otros ya caídos en justísimo desuso. No está el estuche de cirujía, por que es bolsa pequeña

que lleva siempre consigo: en una cajita de maderá más larga que ancha, yace un instrumento médico-quirúrgico, cuyo nombre se sabe aunque se calla y que sirve para aplicar el benigno clíster detergente:

Por lo demás sobran allí cuadros, adornos, féferes, un busto en yeso del héroe de Austerlitz, un retrato del general Mas-sena que riñó en la de Wagram, una representación de esa batalla, tomada, parece, de las memorias del general Rapp que acababan de publicarse, una vista de Lausana y lago de Ginebra, y otras muchas cosas que no enumeraremos.

Son las diez de la noche, hora en que Musiu Enrique suele retirarse ¿qué hacer en Baracoa más allá de esa hora cuando no hay enfermos, á no ser que se entretenga uno en la tienda de la esquina en cortar un traje á los prójimos?

La Baracoa de aquella época que ya tenía el honor de ser patria del filósofo Sannamé, era una ciudad casi como la Baracoa de hoy, porque es de las que menos han ganado apesar de su comercio de cocos y guineos, y apesar de la rica limosna que en 1826 le hizo la metrópoli, concediéndole facultad de comerciar con todas las banderas. Es la más vieja de

la isla, como que fué en 1512 la primera de las siete villas que fundó Diego Velázquez; pero este colonizador no hizo más que fundarla, y pasó al interior en busca de Hatuey y sus secuaces; y cuando echó dos años después los cimientos de Santiago de Cuba y de Bayamo, la colonia primera por su terreno fragoso y privado de horizonte por la parte de tierra, debió quedar y quedó abandonada. Una iglesia tenía en aquella época, episcopal en su origen, y hoy no ha llegado á tener dos: en cuanto á su Biblioteca pública, su Museo de antigüedades, su Universidad, su Observatorio astronómico y su escuela de Agricultura, hablaremos más adelante cuando los tenga.

Oyese un rumor que tararea algo de la Marsellesa . . . ;alto! aquí está Don Enriquito. Acaba de llegar en su famosa yegua Moscow, y tras un silbido muy varonil para avisar á la vieja, se dirige á su aposento.

—Psit, psit, Aboukir toma aquí ¿qué tú tienes, Aboukir? Ven aquí!

Pero Aboukir no hacía caso y continuaba restregándose y dando vueltas por el suelo, como para aplastar pulgas, sitas allí donde no podía rascarse.

—Aboukir! ven aquí ¿le habrán dado algo á esta perrita? No si no hace mal á nadie.

Aboukir movía la cola, miraba cariñosa á su amo, y seguía estregando su hociquito y dando vueltas.

El doctor entra, en su cuarto cambia sus botas por unas chinelas que allá dicen *cutaras*, hace su taza de té, cierra cuidadosamente como quien tiene allí mucho que perder ó algo que ocultar, cuenta la colecta del día y la guarda bajo llave, y en seguida, murmurando un algo musical que semeja *Mambrú se fué a la guerra*, se desnuda y se acuesta.

¿Para dormir? Sin duda que es esa su intención, más no lo puede conseguir en aquella noche fatal. Apenas bajó las sábanas parece haberse envuelto en un manto de Dejaníra.

Se agita, se revuelve, se estremece, como si atacado de hidrofobia ¿qué tazántula le ha picado, qué perro lo ha mordido, que alimento ó qué filtro ha derramado fiebre de rabioso en su sangre, delirios de demente en su cerebro, raptos de energúmeno en sus nervios? ¿Es acaso un remordimiento lo que vierte en todo su ser el torcedor de los réprobos, los sombríos

fantasmas del insomnio, los lúgubres ægri somnia de álgida calentura?

A despecho de su ciencia y de su título de París no comprende lo que le pasa.

Pero siente que sus miembros estallan, que su sangre hierve; su cuerpo arde como si se revolcara sobre abrojos; se rasca, se desgarrar, se golpea; una picazón febricitante recorre flamígera todos los ámbitos de su humanidad: no concluye de despedazarse un miembro con las uñas, cuando otro ú otros le llaman con mayor ahinco.....ah! el Dante olvidó entre sus tormentos el tormento de la picazón general, el febril, continúa, como de quien se hallara metido en un hormiguero.

Si un momento rendido se adormece es para delirar en horrible pesadilla.

La bóveda de la razón parece que se desgarrar y el juicio y la percepción se extravían: el soldado de Wagram ve caballos desbocados, héroes sangrientos, huestes destrozadas, cornetas que suenan el ataque, tambor que toca retirada, estruendo de batallas, austriacos que huyen, franceses que sucumben, allí está el genio de la guerra lanzando de sus ojos los rayos de Austerlitz, y allí un semiheroe, un obscuro cirujano que expira, y es eci-

rujano es él, él mismo, herido de muerte en el fragor de la pelea.

Qué noche! Qué horrible noche!

Se lanza al fin de la cama, pero el hervir de su sangre no cesa la picazón continúa implacable, devoradora, asesina: su cuerpo amoratado y lleno de ronchidos parece el de un lazarino: y cuando molido y delizante se pregunta que puede ser aquello, ve el en suelo una vaina en forma de S. (la desgraciada Aboukir la había oído) parecida á ese miriápode, ó á ese bicho horrible de nuestros campos, abarbo estúpido de la naturaleza, que se denomina mancaperro.

¡Entonces lo comprendió todo! el lecho había sido envenenado con pica-pica y estaba convertido en túnica de Neso.

No hay que explicar al lector, si es cubano, lo que es la pica-pica, por que bien sabe él que hasta en nuestros fastos políticos ha tenido la audacia de mezclarse esa pérvida semilla. El hecho pasa en un pueblo de campo, para celebrar la muerte de un caudillo revolucionario, daban un baile los conservadores. Unos ociosos con tubos de papel soplaron la pica-pica, y el baile hubo de concluir, porque los hombres bailaban el vito, y las

damas olvidaban hasta las leyes del pudor por rascarse desesperadas.

Oh! lo que costó aquella travesura....

¡Y esa vaina infernal no tiene espinas como la zarza ó la ortiga, no tiene un humor acre como el jején, es un polvillo satánico, casi invisible, que flota en el aire, que se adhiere, se introduce por la ropa y, por los poros, que abrasa la sangre, que produce la fiebre de la rabia. Ah!.... Cuba, como dice Santacilia, "no envidia primores á ninguna extraña tierra" Cuba no tiene en sus bosques víboras ni fieras, pero tiene la pica-pica más traidora que el guao y la manzanilla, y cuanto parece creado para tormento de la humanidad: y que lo será hasta que el progreso de los tiempos nos diga su aplicación y el fin, útil sin duda para que fueron creados.

Ciego de cólera el Doctor se levanta exclamando.

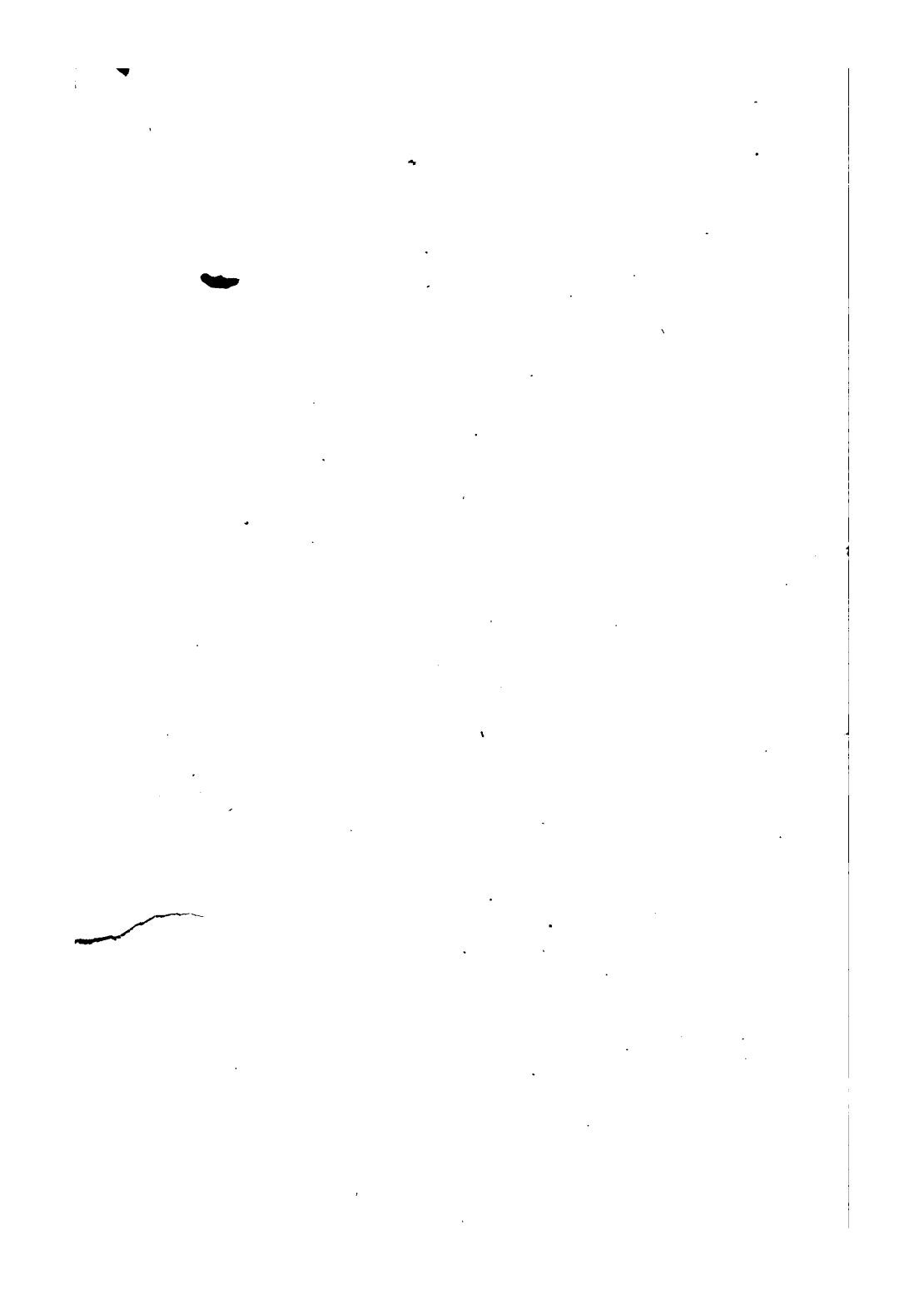
—A l'église, il faut en finir! y trató de correr en busca de ceniza que es el único paliativo.

Pero los zapatos le crucifican los pies porque estaban llenos de punzadores guisazos. Se calzó entonces lo de montar y se lanzó á la calle repitiendo:

—A l'église, il faut en finir!

Esto no lo dijo al cochero porque en Baracoa no hay coches ni cocheros: tampoco á su caballo, porque su caballo no entendía más que el español. Sela dijo á si mismo y basta.








IV.

DOLO A MUERTE.

 Así como Calipso no podía consolarse de la partida de Ulises, así no podía digerir el Catibo aquel perjuro paliqueo, de que le había hablado su Pilades, y que había tenido lugar bajo el al-

garrobo que está junto al chiquero.

Verdad es que Calipso tenía, como diosa que era el don de consolarse fácilmente, y pronto el joven Telémaco le hace dar al olvido al viejo rey de Itaca, mien-

tras el infeliz guajiro, aparte sus viajacas y su mula, no tenía más que el amor de su Juana.

—Si él es astuto y valiente como Ajax, hijo de Telamon, yo seré el feroz Aquiles, hijo de Peleo; yo procederé con ese Hipócrates como Jupiter tonante cuando le dió tal puntapié á Saturno que lo precipitó del cielo, de modo que cayó en Italia, donde fué recibido por el rey Jano, y quedó cojo toda su vida.

Así hablara el Catibo si hubiera podido; pero como él no entendía de Hipócrates ni de Júpiteres, ni conocía más Saturno que el del extracto, ya se comprende que esa bella imprecación se debe á la erudición del autor.

El amenazaba en otros términos más incultos, pero no menos expresivos.

Era el caso que llevado de las fogosidades de su incandescente pasión, se había puesto á reflexionar y reflexionando estableció la siguiente premisa.

—Debajo del algarrobo que está junto al chiquero se estuvieron paliqueando.

De donde por lógico determinismo pasó á la siguiente consecuencia.

—Si se han hablado es porque tenían algo que decirse.

Y de razonamiento en razonamiento, vino á dar en una incontrastable conclusión que formuló en esta cubanísima frase,

—Ése palo tiene jutía!

Por donde tras largo espacio de cavilación llegó á este insólito dilema.

—O tumbar ese palo, ó matar esa jutía.

Tal fué el resultado de su elucubración. Y resuelto á no dejar inulto el agravio, el irascible mancebo, después de correr, cual lóbrego velo sobre su corazón, la triple coraza de que nos habla el lírico latino, decide, guardándole Pedro Pablo las espaldas, ir á verse con su poderoso rival, y llevarle un cartel de desafío, al machete, al garrote, con los puños, con el nervioso bejuco matanegros, con lo que se quiera en fin, con tal que uno ú otro ó entrambos, queden machucados para el resto de sus días.

Cosa olvidada de puro sabida es que los carteles de duelo no se llevan en propia persona, sino que se envían por medio de fideicomiso de toda confianza, ó sea, por un caballero digno de cargar con el sagrado depósito del honor de otro caballero, pero en los Catibos de entonces, y en la Baracoa de aquella época, todo era admitido tratándose del honor, y siempre

que, aunque fuera á garrotazo limpio, este quedara bien puesto.

No era por cierto el valor lo que le faltaba, y prueba de ello que más de una vez había proclamado á la faz del mundo que el doctor parecía un mico hembra, y que Señá Petrona, la abuela, tenía cara de espantacuervos.

Así fué que desde las cuatro de la madrugada de aquel día, se levantó resuelto, y como no podía redactar el cartel, por que no sabía hacer ni la O, se dirigió á casa de Pedro Pablo.

La mañana era neblinosa y húmeda, pero eso importaba muy poco: para el honor no hay neblinas que valgan. Al dictado de su Orentes, Pilades había ya comenzado cuatro borradores que fueron desgarrados por inconvenientes; al quinto le cayó un borrón que lo inutilizó, el sexto salió tan torcido que no se podía leer, pero el séptimo quedó lo bastante bien para no necesitar del octavo.

“Señor Dotol Musiu Enrique Usté es un perdido piojoso, lleno de matauras y sinvelgüenzuras, que no tiene ni jilachí porque era verde y se la comió el caballo; y me alegre que Pancha Conejo no le hizo caso y que Pepa la del ható lo mandó á pasear con too su

dinero porque Usté tiene cara de aura tiñosa y mire que deje quieta á juana, que si Usté tiene dinero yo tengo mi machete de Guanabacoa, y un garrote pa romper costillas y pué Uste verse conmigo en el camino de las guásimas al pie del guayabal que allí lo espero pa enseñarle too lo que tengo de hombre y lo que Usté tiene de berraco juyullo."

Fatalmente ó mejor dicho felizmente no encontró al médico en su casa, lo que era muy natural, porque allí sólo de noche se le encontraba, y temiendo que hubiera ido á la Sitiería, metió las puas á Tragalguas atravesó, relámpago, el barrio de Matachín, el más largo de los cinco que tiene la ciudad, echó mano al caballo de su Pilades, y se lanzó por los caminos no para ir á pescar viajacas, ni coger ciruelas, sino para plantar alto muy alto la bandera de su *amol* y su *honol*; lo que equivalía á decir, darle una paliza ó jugarle alguna otra peor pasada al doctor.

Desde la loma del Guayabal en que ya se halla, se alcanza el mar que azulea á lo lejos, y se domina el valle que verdea en derredor; pero no era en aquel momento su intención demorarse á contemplar el panorama helvético (salvo los lagos)

que á sus piés se desarrollaba hasta más allá de su horizonte.

Allá muy lejos al soplo de ondulante brisa mece sus hojosas ramas el algarrobo que sombrea el nido de sus amores, la habitación de su inolvidable: allí junto á su nudoso tronco ¡cuántas veces teniendo á su cabeza el infinito, á su alrededor la naturaleza espléndida de los trópicos, había murmurado á sus castos oídos palabras amorosas que el céfiro con deleite repetía, y que ella recogía con anhelosa solicitud. Allí á la sombra de aquel eden-algarrobo junto á aquel paraíso-chiquero, hubo juramentos, hubo besos, hubo apretones de mano y de seno, y . . . nada más, no hubo la de Dios es Cristo.

Y bajo aquel algarrobo en este momento le aguarda y atisba y anhela su llegada la dulce ninfa que perfuma de cariño y de esperanzas las áridas lobregueces de su vida.

¡Sí! . . . allí está ella, mirando hacia el camino, en amorosa expectativa, aguardando al ansiado de su corazón, luz de su noche, estrella de sus ansias, no diremos esperanza de su porvenir, porque el Cati-bo es tan pobre como ella.

Pobre sí, paupérrimo, pero consecuente

é infalible cumplidor de su palabra: ha ofrecido casarse con Juana, y se casará... si lo dejan; ha jurado una paliza al francés, y se la dará... si puede.

Apenas divisa en lontananza la choza de su ídolo, entona alguna de sus décimas con voz robusta y vibrante, porque esa era la señal que á distancia anunciaba su presencia.

Debajo de un algarrobo
yo le canté mi cariño,
y me quedé como un niño
como un niño medio bobo.

Todavía no se oye su voz por la distancia, pero su amante lo espera: parece que el amor le hace adivinar la aproximación de su ídolo. Juana necesitaba aquel día más que nunca hablar con su adorado: había dudas... había vacilaciones... había *yo no sé que hacelme*, y así fué que en su impaciencia, no alcanzando á ver nada por el polvoroso camino, se encaramó por las tablas del chiquero en el algarrobo, que en eso era muy diestra, y por las ramas miró, buscó, indagó... al fin, por allá entre el follaje verde y en medio de densa polvareda, ve destacarse su ca-

misia blanca y pantalón de cotín y su sombrero nuevo con cinta verdinegra. Como viene á visitar á su amada trae espuelas de plata sobre zapatos de becerro, al cuello pañuelo de seda de vivo color atado á lo mujer, idem en las faldriqueras, machete al cinto de cabo de carey con embutidos de aquel metal, todo brillante, todo lucido, hasta la cabalgadura, pues para el desafio habia pedido su potro á Pedro Pablo, mientras Tragaleguas se quedaba en el muladar comiéndose un resto de la ración del día anterior.

Por muladar entiéndase un horcón en que se amarraba la bestia.

Ya se apercibe su lejana voz que canta con entonación melancólica.

Que triste que está la luna
y el lucero en su compañía!
qué triste se queda un hombre
cuando una mujer lo engaña!

Juana se apeó del árbol con estremecimientos de alegría y se puso á escuchar con ambos oídos.

Ya se acerca, ya se oye el gualtrapear del caballo, el retintín de las espuelas su acento se distingue más y más próximo.

Cada vez que paso y miro
y te me quedas mirando
voy para casa llorando
y á cada paso suspiro

Ya llega! ya está aquí! . . . ella es la primera que habla, y con una voz de calandria enamorada le dice.

—Sinbelgüenza, porque has venio tan tarde.

—Prenda, porque no puo ser más temprano. No ha estao por aquí el judío francés?

—Yo no lo he visto; pero . . . habló con mamita.

—Como lo sabes?

—Porque los vide hablando, y . . .

—Le he jugado una que se vá á acordar toa su vida.

—Qué le hicistes?

—Que le eché pica-pica en la cama y le llené los zapatos de guisazos.

— ¡Avemaria, qué bruto!

—No hay naa de bruto; lo voy á jerin-gal hasta que rebiente ó se largue pa su tierra.

—O te rebiente él á tí, borrico!

—A mi? al Catibo? entuavía no ha nacio quien haiga de hacerlo. El va á pa-

—sar más trifucas que en su batalla de Juan Gran (Uagran).

—Pero tu has orvidao que me curó y no me llevó naa, y que me regaló un San Luis, rey de Francia.....?

—Mentira! no fueron sus medicinas sino Tía Pepa la curandera con su menjugue de hojas de curujey y rabos de la-gartija lo que te curó el torozón. Lo mejor sería que nunca lo vieras ni paliquiaras con él.

—Pero si mamaita se empeña.....

—¿En que me lleve á mi el diablo, no?

—En que venga Don Enriquito, y que me hable, y me....

—Pues tú con mucha politiquería y con mucho respeto le dices que se vaya á la perra de su madre, si es que ese judío tuvo nunca madre. Entuavía hemos de ver quien lleva el gato al agua. ¿Viene mañana? ¿no es verdad?

—Sí, almediodía.

—Pues te juro que no llegará aquí; pero si vendré yo,

—Mira Pancho (habíamos olvidado decir que el Catibo se llamaba Pancho) no vayas á hacer una de tus barbaridades.

—Parece que te interesa ese mariposón que busca mujer como si fueran catibos.

—Yo no, pero . . . si supieras . . . abuelita se empeña . . . estamos tan pobres! . . . porque nos morimos de hambre, y como nos morimos de hambre, resulta que no tenemos que comer, y como no tenemos que comer resulta que Don Enriquito tiene mucho dinero, y como Don Enriquito tiene dinero . . .

—Y por eso quieres tú jalarte pa su lao.

—Yo no quiero, yo no sé que hacelme, pero como estamos tan pobres! . . .

—Y que tiene que ver la pobreza con el amol . . .

—Yo no te quiero más que á tí, pero . . . estamos tan probes.

Las razones no eran de gran peso, más pensó el Catibo que había poco amol en quien de ellas se servía, y después de meditar mucho, decidió . . . ir á echar de comer á sus gallos de pelea.

Aunque no muy acordes, despidiéronse los dos atortolados amantes con dos besos chillones, y tanto que un cerdo gruñó creyendo que lo llamaban á comer. La tórtola se metió entre las yaguas y cujes que formaban su morada, y el tórtolo se fué á recoger una carga de yerba para su mula, pues nunca tuvo intenciones de brindarle otro alimento.

También recogió alguna otra yerba, pues se sabe que era aficionado á herborizar, y en cuanto á la carta de desafío parece que se le cayó del bolsillo y se le extravió. En verdad no creemos que se perdiera mucho: el estilo, ya lo ha visto el lector, no era de los más selecto; y además lo diremos, aunque redunde en descrédito de nuestro héroe, estaba escrita en papel de bodega

Mientras recogía sus yerbas, el Catibo cantaba sus décimas. Las décimas son media vida del guajiro: cantando trabaja, cantando disipa sus penas, cantando dice sus amores á su trigueña. Todavía ni el Cucalambé ni Fornáris habían inundado el Parnaso cubano con algo bueno y mucho malo: ni Zequeira dos años después demente, ni Ruvalcaba muerto desde el año cinco, hicieron décimas; las incorrectas espinelas campestres que desde el año quince componía Poveda no salían de cierto círculo; pero no faltaban oscuros copleros, sin contar que á los veinte años todos somos poetas (pienso como Lamartine) y muchos componían las suyas. Pedro Pablo se tenía por maestro en el arte.

Diz que dicen que canta el guajiro en caminos ó en faenas nocturnas por dis-

traer la soledad ó por probar que no teme. Sea como fuere, hay tanta poesía en ese canto melancólico que viene á arrullar nuestro sueño, trayéndonos deliciosas imágenes de un amor correspondido ó de un amor mal pagado! ¡Nos parece oír el desoido acento de Cuba que lamenta sus infortunios!

Porque esos cantos campestres son siempre amorosos predominando la nota melancólica: alguna vez jocosos y satíricos, pero entonces sólo para noche buena, fiestas, ó alegres romerías.

El Catibo cantaba, cantaba, mientras recogía sus yerbas.

Dichosos quienes pueden disipar sus penas cantando.



Y

.

-

.

.





v.

SANAMÉ

A l'eglise, il faut en finir; había dicho el pica-picado doctor.



Y á la iglesia se fué, en efecto, ganoso de verse con el padre Sanamé y poner término á las acechanzas y persecuciones del celoso Catibo, Otelo de nuevo cuño que, en defensa de su cobriza Desdémona, ya le había jugado muchas del peor género.

El cura Sanamé, hijo del pueblo, era el consultor ómnibus, el Mecenaz general, amparo de pobres, consejero de ricos, y

ejemplo de descarriados. Era hermano y meritísimo sucesor de José Policarpo, el gran filósofo, á quien no necesitamos biografiar; porque el lector, si es de Cuba, no puede menos de conocerlo ¿cómo ignorar la vida de un hombre que pertenece á nuestra historia? Y si no lo conoce, (lo que sería vergonzoso) cómprese y lea el Diccionario Biográfico-Cubano, que se vende en la librería de Ricoy, Obispo 86 por dos pesos el ejemplar. Esto es simple noticia y no reclamo.

Allí verá que el filósofo cubano José Policarpo Sanamé y Domínguez, á quien el doctor La Torre, por error ó acaso por errata, llama Samaní, nació en Baracoa en 1751. El año 73 (no de este siglo, por supuesto) vistió una beca del Seminario de Santiago de Cuba, y concluyó el 74 (del siglo pasado se entiende) ya doctor en Teología, y hablando en latín, y sabiendo de memoria todos los clásicos, hasta merecer que lo llamaran *la biblioteca ambulante*. Su discernimiento, su honradez, su sabiduría ah! en cuanto á sabio, difería muy mucho de la generalidad de nuestros curas de campo: sabía inglés, francés y latín, lo que no se oponía á que fuera eminente helenista y co-

nociera el hebreo hasta donde puede conocerse hoy ese idioma.

¡Y su bondad! como el padre Valencia lo fué de Puerto Príncipe, como el Padre Conyedo lo fué de Santa Clara, el padre Sanamé fué el apóstol de Baracoa; y ya que el aura popular no ha querido, que sepamos, darle ese título, nosotros se lo otorgamos en plena seguridad de no ser contradichos, tanta confianza tenemos en la influencia benéfica de su apostolado.

A falta de otro mérito, tenga á lo menos esta obra el muy grande de contribuir á popularizar la fama de uno de los hombres más eminentes que Cuba ha producido.

¿Quién negaría que fué verdadero padre de su pueblo?

Su bien surtida biblioteca, como su bolsa, estaba á disposición de todos; que así gustaba ilustrar al ignorante como socorrer al necesitado: costeó la educación de su hermano y otros no parientes: Un doctor (Navarro) abogado en Villaclara, y un oidor (Garrido) de la audiencia de Puerto Príncipe, ambos ya idos, son la prueba. A él debió la ciudad la reposición de la parroquia que hoy tiene, y tantos otros beneficios, hechos bajo la sombra de una

modestia tal, que muchos fueron ignorados hasta después de su muerte.

¿Porqué roban frutas los muchachos? ¿Es acaso el robo inclinación natural? He aquí preguntas que nadie podría contestar como el padre Sanamé.

Un día que el benévolo anciano paseaba higiénicamente por los ejidos de su feligresía, vino á acogerse á su amparo un chico harapiento, perseguido por un avinagrado quidam en cuyos frutales merodeaba impune el insolente rapaz.

—Ven, acá hijito, ¿no sabes que es un pecado coger lo ageno? ¿porqué robas frutas?

—Porque no me dan que comer.

—Tu padre.....?

—Mi padre se murió.

—Téngalo Dios en su gloria, pero tu madre.....

—Mi madre no me da que comer.

—Ven; vamos á ver á tu madre.

El Cura visitó á aquella madre destituida, cuyos hijos ya no robaron más, porque desde entonces les *daban que comer*.

El hecho es auténtico, aquel chico amparado por el cura fué después... no

lo nombrarémos, porque no le hemos pedido permiso para ello.

Copiémosnos un poco para corroborar. Muy joven (cuentan crónicas) pasó á la Habana y se presentó al Obispo, hijo de Cuba, Santiago José de Hechavarría y Elguezua, con una carta de la Señora María del Carmen, hermana del prelado, y con la intención de ingresar en el gremio de la iglesia. Desatendió S. I la petición: más oyéndolo argumentar en correcto latín, en la catedral en una conferencia del clero, quedó tan sorprendido que lo acogió en su palacio, le dió licencia de hábitos con dispensa de edad, y congrua de la mitra que disfrutó hasta su muerte, finalmente lo ordenó de sacerdote; y el joven clérigo á pesar de las vivas instancias de S. I. que ansiaba para él campo más vasto, partió para Baracoa, nombrado cura de esa feligresía en que residían sus padres. De allí pasó á Santo Domingo para sus grados, y como la fama de su saber le precedía, el canónico magistral de aquella catedral, le encargó el sermón *de la nube*, el que desempeñó con éxito tal, que según declara el Pbro Maldonado de la misma catedral "no recuerda haberlo oido más elocuente". Mayor renombre

adquirió triunfando en su polémica con un sabio rabino de Jamaica que por los periódicos retaba á los cristianos para probar la falsedad del Nuevo Testamento.

Aún estos fueron los menores de sus triunfos: su gran victoria está en la protección sorda, callada á menesterosos que sólo con gratitud podían retribuirle; leyendo su vida, creemos leer la de uno de los santos de la iglesia, y con facilidad recordamos al Carlos de Borromeo que Manzoni admira y enaltece.

Sus sermones, algunos de los cuales se imprimieron por disposición de la curia, todavía se léen con provecho, y se imitan en nuestros púlpitos. Su elocuencia igualaba á su piedad. Aun se recuerda la frase de S. I. cuando oyéndole en conclusiones públicas, exclamó con un verso del salmista. ¿Sanamé, domine, quoniam omnia ossa mea conturbata sunt?

El autor de esta obra piensa que los huesos no se conturban porque son insensibles, y supone que David debió referirse al corazón, que es en lo moderno el centro de las sensaciones morales; pero el autor admira á Sanamé que contestó con el texto en hebreo y lo comentó en latín.

Y basta! no mereció tal hombre llamarse el apóstol de Baracoa?

Sanamé, el joven (Felipe) si no en sapiencia igualaba al hermano en virtudes: digno discípulo de tal maestro, fué como él, protector de los desheredados, y de tal manera continuaba la obra de su predecesor, que ya no se decía de Baracoa que era patria de Sanamé, sino de los Sanamé.

Honor y gloria que la ciudad decana debe conservar en urna de cristal, porque... (lo diremos con franqueza y perdonen los baracuteyes) no sabemos que tenga otra gloria, al menos, otra tan alta.



1

.

—

.

.

.

VI.

PREAMBULO BAPTISMAL.

††
†† **D**E donde se deduce que no podía
†† Don Enriquito encontrar consul-
†††††† tor más idóneo en su matrimo-
†††††† nial empeño la palabra evangé-
†††††† lica de Sanamé derramaba
†††††† †† consuelo, en los afligidos y sem-
†††††† † braba persuación en el ánimo de
los irresolutos.

Cuando Don Enriquito entró, el venerable sacerdote se ocupaba en preparar un sermón para su próxima fiesta de iglesia; porque la plática edificante, sencilla

al alcance de todos, con preceptos más de interés social y doméstico que religioso, era su fuerte; pero la ocupación más grave y perentoria jamás le impidió atender con paternal bondad á sus solicitantes.

Cerró, pues, el tomo de San Pablo que en aquel momento consultaba, saludó, afable, brindó, cortés, asiento, y sentándose á su vez en frente, se dispuso á escuchar.

La conversación se sostuvo en francés, idioma nativo del franco-suizo, que el erudito eclesiástico conocía al igual del español, aunque nunca había visitado la Francia.

Traduciremos empero el diálogo, para el caso que el lector no sepa francés ni latín.

—Padre, con grandísima urgencia vengo á verlo . . .

—¡Ah!

—Porque tengo proyectos de importancia ortodóxica erótica

—¿Eh?

—Es el caso que yo pienso casarme y

—¿Y ?

—Y que lo haré aunque se oponga el mundo entero.

—¡Oh!

—Porque cuando el amor propio se resiente, dice Voltaire....

—Uf....!

Tras esta exclamación el sacerdote que humildemente miraba al suelo, levantó lentamente la cabeza, fijó los ojos sin rencor en el médico y con dulzura le dijo:

—No haceis bien, hermano, en citar á ese ateo en la iglesia católica.

—Dicea, padre, (ó dijo el clero) que se confesó antes de morir; pero yo no vengo á discutir tales cosas ni me importan.

—Norabuena sea. ¿Con quién....?

—Con Juana de León, la nieta de Señá Petrona.

—Las conozco; son buena gente. Ella merece salir de la espantosa miseria en que vegeta.

—Pues, justamente, padre, me caso por lástima, aunque mi posición y profesión me dan derecho á aspirar á más; yo peso más pesetas en un día que el Catibo viajacas en una semana.

—Bendita sea la caridad y bienaventurados los que se sacrifican por practicarla.

Mutuo saludo solémne.

—Ahora, padre, es el caso que yo soy

suizo, y en Suiza casi todos somos protestantes.

—Ah! hijo, eso es muy grave: el consilio de Trento legisló sobre esa materia y....

—Lo sé, padre, por eso vengo á verlo. Sé que Baracoa refunfuña y me llama judío; pero los parientes de Juana aprueban y le dicen “no seas tonta, atrapa esas peluconas.” Y aunque el Catibo rabie y rebiente y sé lo lleve una legión de demonios.....

—Oh!.... Hijo, es mejor que te cases por amor que no por despecho.

Era costumbre bien conocida en el Pbro. Sanamé el tutear á los prójimos que á él acudian, sin duda para inspirarles mayor confianza, cuando concebía que en algo podía serles util. Y tenía razón: el *tu* armoniza con el *hijo* ó el *hermano* más que el *vos* y el *Usted*.

Un momento guardó silencio como aguardando á que hablara su interlocutor, pero como el interlocutor permaneció callado, el cura con la misma dulcedumbre añadió.

—Hijo, nuestra religión no permite el matrimonio con personas que profesen

otras creencias: tendrás ante todo que proceder á la ceremonia de.....

—Bautizarme; lo sé y á ello voy... ¿Ud gusta, padre?

—Gracias, no tomo. El médico tomó un polvo de rapé, entonces muy de uso, y añadió.

—Pues nos bautizaremos, puesto que es preciso.

—Sea en buena hora: la iglesia, siempre madre amorosa, abre sus brazos y dá su bendición al arrepentido.

—No hay nada de arrepentimiento, padre: necesito hacerme católico y me lo hago. ¿Quiere Ud. decirme los requisitos previos?

—Un memorial de petición, testigos, pago de diligencias, un padrino, una madrina....

—Padrino? Paco Pita: madrina? Señá Petrona, viuda de León.

Y la ceremonia baptismal quedó aplazada para efectuarse, coram Baracoa, como precedente necesario al matrimonio.

Y gozoso el Padre Sanamé de añadir una oveja á su gremio, tendió con cordial sinceridad su honrada mano al neófito.

—Padre, no olvide Ud. á ese condenado Catibo, Ud. me ha prometido ver á Juana.

—Sí; yo iré á ver á Juana, veré á la abuela, las persuadiré. Mañana al medio día estaré allí.

—Y yo también estaré, padre, dijo Don Enriquito, levantándose para retirarse; me va de punto, sapristi!

—Oh! nada de resentimientos, replicó el venerable con solemnidad, y poniéndose también de pié para acompañarlo á la puerta; el olvido y perdón de las injurias es la mejor venganza de un corazón noble. Cásate para la felicidad de esas dos mujeres y la tuya: hazte protector hasta de ese mismo Catibo que es un infeliz, y mañana, rodeado de amante y venturosa familia, recogerás las bendiciones de todos tus amados y protegidos. La bendición de un enemigo es el triunfo mayor á que debe aspirar un cristiano.

Hablando así llegaron á la puerta de la sacristía. Por el otro lado de la calle pasaba, en Tragaleguas, el Catibo, vendiendo sus viajacas, ó *sus pejes* como él decía, y comiendo ciruelas; nunca fué á pescar sin recoger una *pañolada* que le servía para entretener sus ocios por el camino: bien se sabe que en Cuba ciruelas, guayabas é hicacos no tienen dueño; frutas son que

coge el que quiere en cercas, playas y yer-
mos, sin averiguar de quien son.

—Padre, lo espero mañana á las doce en
el bohio de Señá Petrona.

—Allí estaré á las doce.

—Adios, padre.

—Pax domini sit tecum.

Hasta aquí la sacra entrevista del Doc-
tor. El Catibo que lo vió salir, sospe-
pechó . . . , aquel malévolo herborisador
todo lo veía, todo lo adivinaba y como re-
celó algo malo, exclamó furioso.

—Por los cuernos de mi abuelo, que es-
to significa algo.

Y arrojó el cuesco de la ciruela que
mascaba.

—Esto significa que los dos han esta-
do hablando.

Y se metió de un golpe dos ciruelas en
la boca.

Reflexionó luego por largo espacio, y al
fin concluyó:

—Y si se han estado hablando, es cla-
ro que se han dicho algo.

Y arrojó los cuescos de las ciruelas
mascadas.

Su rostro se ennublecíó, contrájose su
ceño, giraron tigrementé sus ojos, como
si una idea feroz se agitara en su cerebro.

—Y si se han dicho algo, es claro que ha de ser sobre Juana.

Y rabioso se metió tres ciruelas, arrojando una que se le fué al gargüero. y á poco le ahoga.

Y siempre mascando con rabia, y agoviado de temerosas sospechas, le entró á palos á la mula, que olía ser esto su consuelo en los derrames de su bilis; tanto que se hizo proverbial la expresión *entrar á palos á Tragaleguas* significando un modo injusto de saciar una incomodidad.

Si un señor feudal, esto es, el amo, perdía al juego y desahogaba su mal humor, maltratando á los esclavos, ese “entraba á palos á Tragaleguas.”

Si un chico cabezón, porque lo regañaba su papá, arrojaba el sombrero al suelo y le daba un puntapié, la mamá decía:

—Eso es, éntrale á palos á Tragaleguas.

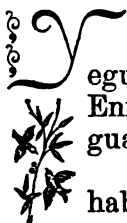
¡Malhadada Tragaleguas! ¡Cuánto más no le valiera haber nacido gorrino!





VII.

CONATO DE IDILIO.

 Yegua bonita la que tenía Don Enriquito! ¡Esa si que era yegua!

Cien piezas macuquinas le había costado, precio que en aquellos tiempos mucha yegua tenía que ser para valerlas; de seis cuartas y media, oscura, briosa y todavía en estado honesto.

Además muy amable y juiciosa, tal como lo deseaba Don Enriquito, que no se preciaba por cierto de maestro en materias de equitación.

En ella al día siguiente, y después de almorzar una tortilla de huevos escapados á la voracidad tiburónica de Buscahuevos, se dirige el Doctor á la Sitiería, adelantándose al Cura, que conforme á su palabra, debía visitar en aquel día á la familia León, para convencer y persuadir á la indecisa Juana, y conseguido esto, pedir oficialmente la mano de la joven.

—Pitirrr.....re! pitirrr.....re! decían por los aires esos locuaces y malévolos volátiles, que deben su nombre á su canto, y que se ensañan contra las auras y contra las abejas.

Apenas salido del poblado se pierde el veterano de Wagram en el verde y el polvo del camino, y por efecto de los árboles que orillaban, ya bañábalo radiante luz zenital, ya se eclipsaba bajo intermitentes girones de sombra, á la manera del nadador que zabuye y surge, vuelve á hundirse y reaparece. Si no gusta esa comparación búsquese otra.

Acaso va con más calma de la que conviene, con más deseo de triunfo que verdadero amor. Diríase que mortificar al que tanto lo había atormentado á él, era su sola aspiración. Ignoraba que aquel Catibo, astuto como la anguila que otros

dicen anguilla, había jurado que no vería á Juana en aquella ocasión.

Cálido y delicioso el día: pitaban los totíes sobre la cerca de piñones, murmuraban los arroyos & &, y el cejú burlón no lo llamaba feo, porque sólo lo hace durante las calladas horas de la noche.

Un silbido semejante á la seña misteriosa que hace un bandido á su cómplice, le obliga á volver la cara y llevar las manos á la cañonera de la silla; pero nada! fué una bijirita, que de tal manera imita el silbar de un hombre que parece haber aprendido por reglas.

Continuó sin temor: los árboles cantan halagados por favonio, susurra la brisa &.

Un chasquido como de quien arrea una bestia le obliga de nuevo á indagar nada! es un *arriero*, pajarraco que imita el chasquido humano, como el *campanero* de los bosques del Brasil imita un esquilón.

Siguió cabalgando tranquilamente, pero á poco . . . ¿sería miedo? sería una desazón estomacal y altamente significativa? ¿qué sería en fin?

Ello es que á poco andar sintió retortijones de tripas, y borborigmos, y gases que pedían salida y otras cosas; y tuvo que apearse y agacharse en la orilla del

camino, por un momento. Y mientras se despachaba á su gusto, la mansa yegua aprovechaba el solaz, y á despecho del freno, ramoneaba ansiosamente la yerba de guinea que con profusión cubría uno y otro lado de la vía.

—Pitirr...e, pitirr...e, decían esos pajarrillos que vienen á anunciarnos el verano, y que los guajiros persiguen á tiros cuando anidan junto á un colmenar, por su cualidad de incorregibles apívoros.

Luego montó y continuó en su camino y en sus ilusiones y proyectos; pero á los pocos pasos repitiéronse los retortijones y gases que pedían salida, y por segunda vez...

—Demonios! exclamó apeándose con trabajo, y ya cansado de tales agachamientos. ¿Qué será esto? Pues no creo haber comido nada que pueda hacerme daño. En efecto no había almorzado más que una tortilla de huevos y yerbas, con una botella de Chateau—bodega de la esquina.

—Judío!... judío!...le decían unos pájaros prietos desde la cerca; y el doctor colérico contestaba—"Imbeciles, bien merecis vuestro nombre."

La bestia en tanto remoneaba codicio-

samente la yerba de las orillas del camino. Porque es preciso recordar que estamos en Baracoa, donde los caminos tienen aun mucho que caminar para llegar á calzadas. Entre dos cercas de piedra ó de piñón una enyerbada zona de apenas ocho varas de ancho, donde jamás se arrojó una carretada de piedra, esas eran todas y son hoy la mayor parte de nuestras vias carreteras: la cizaña crece allí como en campos yermos, salvo cuando nuestros prehistóricos vehículos matan la vegetación y abren canchales que llegan á hacer la vía intransitable.

En concluyendo su ineludible operación, el mediquito montó y picó los ijares del acomodaticio solípedo, el cual todavía masticando el último bocado, echó á andar no de muy buena voluntad, siempre la brida en dirección al sitio de Juana, aunque ya no se sentía el jinete en disposición de emprender idilios amorosos.

Los arroyos continuaban murmurando, la brisa estremecía las pencas de las palmas y los locuaces apívoros seguían su alegre y bullicioso pitirreo.

Los imbéciles judíos continuaban gritando: judío, judío.

Y el mediquito pensaba en Juana, y ca-

vilaba en sus amores, y preparaba las frases de miel hiblea, con que había de endulzar sus oídos, cuando he aquí que por tercera vez....

—¡Saerenom!!.....

Se detuvo con más rabia que miedo. Y no pudiendo darse cuenta de aquel desbarajuste de su tubo digestivo que hasta allí más bien había pecado por el extremo contrario, he aquí que lindezas de naturalismo puro y ajenas á todo eufemismo, salieron con furor napoleónico por aquella boca. Y después de agacharse de nuevo y de re-montar con desmayada lentitud, volvió la grupa á la casa de Juana, y sin cuidarse del cura Sanamé ni de nadie, se dirigió rabioso á la ciudad con el plausible objeto de tomar una sangrienta venganza... y un astringente.

—¡La Sainte Marie! la Sainte Marie, murmuraba entre dientes. Esta es obra de ese bandido, de ese..... Aquí una palabra impulcra brotó clara y limpia de sus labios, esto es limpia en su pronunciación, que por lo que respecta á su significación no lo era más que la que atribuyen á Cambrone en Waterloo.

—¡La Sainte Marie!....y atravesaba aquella hermosa campiña con la rabia del

Simoun en los desiertos arenales de la Libia. Es la única palabra que brota de sus labios tremulentos.

Nada oía, nada veía, nada quería ver ni oír más que su furor; no para él trina-
ban las avecillas, no para él murmuraban los arroyos. Ni Aquiles en Troya, ni Ati-
la en los campos Cataláunicos, se ocupa-
ban en arroyos y pájaros. En aquel mo-
mento angustioso pajarracos eran para él
las avecillas, burla grotesca sus gorjeos,
carcajada estúpida el pitirreo de los piti-
rres.

Lascivo y juguetón acariciaba el céfiro
su frente calcinada, sin arrancar uno solo
de los infernales proyectos de muerte y
venganza que bullían en aquel cerebro
calenturiento, preñado de tempestades.

Para mayor desgracia el malaventurado
había leído á Molière, y recordaba á cierto
Pourceaugnac con quien le parecía tener
marcados puntos de contacto, no en cuan-
to al caracter, porque aquel era un men-
tecato, una de las exageraciones de Mo-
lière, pero si en las circunstancias de uno
y otro, y con la agravante en su contra de
ser su perseguidor un insolvente Catibo, á
quien no podía triturar, porque escapaba

como una anguila que otros llaman anguilla.

Nada extraño que cruzando aquellas campiñas, en el gruñir de los cerdos, y el graznar de los gansos, y el croajar de las ranas, y el pitirreo de los pitirres, le pareciera ver duendes y demonios, que armados de terrible instrumento medical, lo perseguían y entre carcajadas diabólicas, le gritaban como al Pourceaugnac.

Píglialo su
píglialo su
signor monsú

Píglialo, píglialo, píglialo su

Y renegaba de su suerte y del Catíbo. de los judíos y de los pitirres, y hasta de Moliére y su Pourceaugnac. como si en ese personage se hubiera intentado un horrendo y anacrónico sarcasmo contra su propia persona.

En tanto el sol purpureaba sobre las flexibles cañas y las anchas hojas del plátano. y los bullidores riachuelos parlaban inconcientes de la tempestad que sorda y feroz agitábase con provocaciones de exterminio bajo el cráneo de un hombre.

En tan febril disposición de espíritu, llegó á la fonda. Pero los supremos destinos habían decretado que ni aun en la fonda pudiera saciar su sed de venganza. Allí en efecto supo que con urgencia lo buscaban, porque el fondero y su mujer, que también habían comido de la tortilla, se hallaban igualmente atacados de retortijones, y gases que pedían salida y otras cosas, y estaban sentados cada cual en un barrigón como el que regaló Pedro Pablo á Señá Petrona.

Aunque debilitado por aquellos desagües subcorpóreos el doctor entró como una bomba austriaca en campamento francés.

—Pero ¿quién ha hecho esa tortilla de cuernos?

—No, doctor, de camarones; contesta el fondista sin poder levantarse del scaphium.

—Y quién rayos ha hecho esa tortilla de camarones?

—Yo memo, señó; contesta el negro cocinero.

—Pero quién, f. . . ., ha entrado en la cocina?

—Nadie, señó; Catibo no má, que viene á traé viajaca.

—Ya presumía yo que fuera obra de ese facineroso; pero por los huesos de Wagram, que la pagará.

Examinados, los restos de la tortilla, y patentizado el nefando crimen, el doctor compungido y abatido se dirigió á su morada.

—Pasa, Aboukir, pasa; lárgate de aquí, demonio; no estoy para fiestas; fuera, Aboukir! ¿no te vas? pues, toma!

Y la desairada Aboukir salió llevándose un puntapié que le cogió por bajo de la cola.

Expliquémosnos. La Sainte Marie era la única palabra que brotaba de los labios del doctor.

La Sainte Marie traduce en castellano la Santa María: eso lo sabía sin duda el lector, pero lo que tal vez ignora es que la santamaría es una yerba cubana que donde quiera se vé y que vamos, señores, que es mil veces más vehemente y más expresiva en sus efectos que la jalapa y el palmacristi, y cuanto inventaron los hombres para patentizar la utilidad de los scaphium barrigones.

El Doctor, como era de esperarse, corrió con nuevos retortijones y otras co-

sas á su aposento, donde por cuarta vez.....y no salió en todo aquel día.

Y entretanto el Catibo paliqueaba con la Juana, debajo del algarrobo que está junto al chiquero.





—Si; la curpa la tendré yo, porque la curpa no cae nunca en suelo.

—Caiga donde cayere y que Dios se la bendiga. Pero la verdá, Catibo, yo no sé como tú no ves la miseria en que estamos: viviendo casi de limosna, sin vaca que de leche, sin gallinas que pongan huevos, sin zapatos, sin sábanas, sin arroz, sin mantón para ir á misa, sin manteca, sin leña, sin naa. Si no fuera por mi primo Paco Pita, y por Pepe el Nato, y por Pedro Pablo, y por mi tio tercero Don Simón, y por el Cura, yo creo que cualquier día nos encontraban muertas de necesiá.

—Es decil que yo no soy naiden, yo no sé trabajal.

—Tú sí sabes, pero mamita no tiene la curpa.

—Yo no me ganó mi dinero curando picaros, ni doy certificaos pa decil que el negro se murió del beri-beri y no del cue-ro que le dieron. Yo buscaré á ese hijo de p.....

—Mira, Pancho Catibo no seas ordinario, no vuelvas á decil esa palabra delante de mi

—Bien! no diré más la palabra p.... pero ten entendío que yo tengo tu promesa, y no me importa que te enfuñgues,

ni que se enfiñgue la vieja, y que si por mor del diablo el médico se casa contigo, y si tú te casas con el médico, y si el médico llega á ser tu marido, y si tu llegas á ser su mujer, y que si él médico...

Aparecióse Señá Petrona.

Alta, seca y reñida con el peine, ojos verdes y túnico de percal, pelo canoso y pañuelo de bayajá, enjuta de carnes y zapatos de cuero crudo, cara arrugada y boca desdentada sin medias ni camisón, nariz cotorrona con una escoba en la mano.

—Esto es lo que faltaba! exclamó el guajiro previendo la rociada que ahora le venía encima. Y en efecto la abuela lo saludó con estas zalamerias.

—Ven acá grandísimo berraco, jugador, zangandongo, cara de boniato jojoto, que no tienes mas oficio que de mataperros ¿te figuras tú que así se casa cualquiera y como quiera y con quienquiera? ¿Con qué vas á mantenernos, grandísimo Cacaseno, tragón de ciruelas? Porque yo he de estar pegaa á ella como el jagüey á la guásima, y donde vaya ella voy yo, y donde coma ella cómo yo, y donde reviente ella reventio yo. Y tú que no eres más que un jugador y un arrancao....

El Catibo, aturdido bajo aquel aluvión

de seborucos—verdades, sólo supo contestar.

—Es que yo si juego es por ver si gano algo.

—¿De verás? Yo creí que era por ver si perdías algo.

El guajiro se mordió la lengua y se rasgó la oreja derecha, comprendiendo que lo que había dicho era una necedad Juana en actitud modesta miraba al suelo sin intervenir en el edificante diálogo.

—¿Qué más tienes que decir, bellaco? añadió la sensata Señá Petrona.

—Que yo no necesito de naiden, porque yo sé trabajal.

—Sí, tú sabes comer ciruelas y pescar viajacas, con lo que habrá bastante pa no morirse de sed porque el agua está de sobra en el arroyo. ¿No es mejor, que aceptes lo que el francés.....?

—Quién? yo? Si; dele memorias de su tía; yo no quiero naa.

—Qué dices, majadero?

—Naa! naa! naa! naa! que no quiero naa de ese judío.

—Cállate la boca, Cacaseno.... y entren que ahí espera el padre Sanamé.

No con gran entusiasmo, sino antes bien con grandísimo desgano y con el ges-

to de quien toma un vomitivo, el Catibó se vió en la necesidad inevitable de entrar. Si no podía su escasísima palabra contestar á Peña Petrona ¿qué podría contra la veterana lógica de aquella eminencia?

Entraron.

Ella con alto grado de resolución, él bajo cero. Allí, en efecto, en la sala, si ella podía llamarse aquello, estaba Sanamé sentado en un taburete de cuero: á imitación de su ilustre hermano, nunca desdeñó visitar la choza más pobre, si había en ella algún beneficio que hacer. El digno sacerdote que esperaba encontrar allí á Don Enriquito, según se había convenido el día anterior, se congratuló de hallarse con el Catibó, sobre cuyo ánimo, ó sobre cuya obcecación tenía que ejercer su benéfica influencia.

Porque, como se sabe, Juana tenía con él empeñada su palabra, y porque se temía con razón, el genio maléfico y vengativo de su amante, que algún día, exasperado, pudiera emplear algo más efectivo que la pica-pica y la santamaria.

Pero el venerable sacerdote encontró muro de piedra donde esperaba hallar un corazón blando y ya medio convencido:

vana fué toda la elocuencia de su evangélica palabra. Le habló de la miseria que conminaba, de su porvenir oscuro sin un pedazo de cielo azul, sin una esperanza de descanso en un trabajar y sufrir sin tregua; le ponderó lo que el francés le daría por su acquiescencia voluntaria.

El, ante las solemnes consideraciones, ante el acento profético y conmovedor de aquel que todos consideraban como un oráculo, se echó á llorar como un becerro, pero sólo contestaba:

—Naa, naa, yo no quiero naa; yo quiero vengarme; que se largue ese judío pa su tierra.

—Pero, desgraciado, es sacrílego lo que dices; y sólo se te puede perdonar por la ignorancia en que vives y la intención benévola aunque descarriada que te guía: con ese matrimonio que no tienes derecho á impedir, la patria gana un ciudadano honrado y útil, la iglesia un creyente, y esta destituida familia un bienestar que no puedes ni podrás nunca ofrecerle.

—Naa, naa, yo no quiero naa.

—¿Qué esperas para el porvenir? Ver mañana á la mujer que amas sometida á toda clase de privaciones, y acaso deplorando el haberse casado contigo, cuando

pudo hacer su dicha con otro; dar al mundo seres desgraciados que tal vez maldecirán algún día á quien los creó para una vida de miserias y de dolores. ¡Cuánta mayor nobleza es ahogar la pasión en raptó de generoso sacrificio, y labrar el bienestar de las personas que amamos, sin esperar más premio que la íntima satisfacción de nuestra conciencia! Si amas á Juana debes procurar su felicidad; y si esa felicidad hace tu desgracia, tanto más noble será, y tanto más

—Naa, naa, yo no quiero naa.

El cura lo miró un momento, antes con lástima que con indignación, y añadió solemnemente.

—¡Cuidado si deploras algún día el haber exigido el cumplimiento de una palabra empeñada ligeramente. Vendrá mañana el arrepentimiento tardío; cuando ya no podamos enjugar las lágrimas que hemos hecho derramar, y las privaciones, y la enfermedad, y la muerte . . .

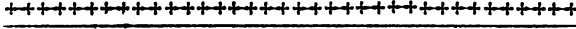
El guajiro en lucha violenta entre el amor y la duda, sollozando y limpiándose los mocos, repetía:

—Naa, naa, yo no quiero naa.

Y se levantó, montó, le entró á palos á Tragaleguas y desapareció.

Juana pujó por llorar, mas no lo consiguió; el sacerdote guardó un silencio magestuoso, y la vieja sintió impulsos de arrojar á la cabeza del Catibo el scaphium que justamente estaba en *plenitud* de su digna misión.





IX.

LA VENGANZA.

¿Será que la Naturaleza siempre justa y lógica pretenda imponer la admiración de sus inmarcesibles decretos, aun en los momentos en que parece castigar el orgullo de los mortales y conjurarse contra sus efímeras obras?

Siempre las grandes catástrofes fueron precursoradas ó inmediatamente seguidas por el contrapeso providencial que había de poner incontrastable coto á sus desastrosos efectos.

Los huracanes y los rayos purifican la atmósfera: el bien sigue el mal como la calma sucede á la borrasca. El bien es obra de la Providencia; el mal es la obra del hombre; y aun de esa obra del mal la Providencia en sus inescrutables desig-nios, halla el modo de derivar el bien.

Así de la caída del coloso macedónico surgió la libertad de los pueblos que ha-bía subyugado; de la crucifixión del Hom-bre-Dios se derivó la redención de la hu-manidad. Y eso que pasa en la vida de los grandes pueblos de la Historia, la expe-riencia ha probado que también se repro-duce en la vida de los individuos.

Una máxima prehistórica nos enseña que no hay mal que por bien no venga; y en efecto aquella burla procaz jugada al Doctor por un irresponsable, debía ha-cerles concebir el eficaz remedio á todas las eventualidades de lo porvenir.

Porque como es de suponerse en cama pasó toda la noche don Enriquito, rumian-do proyectos de represalia. Y como tam-bién es de suponerse porque eso suele su-ceder en las grandes crisis del intectacto se le ocurrió al fin una idea feliz, una resolución salvadora.

Llegó á comprender que en aquel bára-

tro de pasiones volcánicas, la indecisión de Juana procedía más de miedo que de amor al Catibo, y decidió dar un golpe decisivo, jugar el todo por el todo.

—Si la comprometiera! Si un lance injustificable, un raptó, una sorpresa, un . . . cualquier cosa, la arrojara en sus brazos y enfriara para siempre el Vesubio que fermentaba en el atrabiliario mancebo!

En esto meditó largo, muy largo espacio.

Y tal como surgen los árboles, las flores, todos los encantos de la campiña al disipar el sol el tupido velo de londonense neblina, así brotaban las ideas en su ofuscado intelecto, llegando poco á poco á esbozar los oscuros contornos de una diabólica maquinación.

Y de esta manera soliloquió:

—Una cita secreta, en noche oscura . . . un testigo, Paco Pita ú otro tan tonto como este, que cuente y recuente y comente y aumente

Momento de pausa, siempre en actitud contemplativa; los ojos fijos en algo que mira y que no ve.

Y continúa soliloquiando:

—No, nada de testigo: una escapada

hasta la casa vecina, de aquellas dulceras que son mis clientes y me deben dos curas y una botella de lerná.... allí.... allí....

Otro momento de pausa. Al fin se levantó y con febril ansiedad escribió una esquila para Juana, y luego se restregó gozoso las manos, y se admiró á si mismo y con mefistofélica risa aplaudió la inventiva de su genio.

Tenía razón en congratularse; esta vez triunfaría.

Y vióse entonces ¡mirabile visu! vióse al hombre que en la nebulosa vispera de aquel día sólo ansiaba vengarse, de la suerte, del Catibo, de los pitirres, y hasta de Molière, autor de Pourceagnac, viósele alzar la frente radiosa y sonreír con el aire de un titan vencedor en la pelea.

El gozo del triunfo y del rencor satisfecho se leía en sus ojos y en toda su actitud. ¿Pues quien era aquel oscuro pescador de viajacas y catibos para él que sabía cortar piernas y abrir vientres con título de la facultad de Paris?

El honor de esa misma facultad le imponía la necesidad de vencer: era el triunfo de la ciencia sobre la ignorancia, aquí más imprescindible, porque la ciencia era

francesa y la ignorancia estaba en un español.

Y ese español era un provincial, un cubano, y ese cubano era un pescador de viajacas.

Juana recibió la no perfumada esquila; la miró, la olió, la abrió con ansiosa solicitud, suponiendo que contendría algún objeto positivo y significativo; pero vió y revió que sólo contenía letras negras en fondo no muy blanco, y como no sabía leer, se quedó por largo espacio como los santos en Francia, esto es, sin hacer nada.

Luego llevó la carta á la abuela, pero como la abuela tampoco sabía leer, se quedaron las dos como las estatuas en Italia.

Recabar decidieron el auxilio de Paco Pita; pero el primo Paco Pita no conocía de letras más que la *ó* porque es redonda y la *í* porque tiene punto, y se quedaron los tres como los santos en el cielo.

Entonces se resolvió llamar en su ayuda al bodeguero más cercano la Nación no enseñaba á pobres, y los bodegueros, venidos todos de allende, eran el gran recurso literario; pero . . . ¿y si la carta contenía algún secreto?

¡Vamos! lo mejor sería ir al pueblo, y que la leyera el mismo que la había escrito.

Enseguida el primo partió pedibus, es decir, con los pies, y felizmente se encontró con Pedro Pablo, bienaventurado mortal que sabía leer impreso y manuscrito, y este fué quien resolvió la duda.

Pedro Pablo con algún trabajo desifró y leyó.

“Este noche yo te esperra, junto á la chiquero: tiene mucho cosa que habla, qoe te le gusta mucho; nada decir Paco Pita ni abuela; tu venir conmiga hasta casa de dulceria. Yo te querer mucho y cuidar mucho; yo entra por platanal, yo amarra yegua y yo va á pié hasta chiquero; tú viene sin falta.

Enrique F.

No estaba mal la carta para la edad del autor!

¿Pero cómo (esto es lo que las crónicas no han podido revelarnos por mucho que hemos investigado) como supo el desatentado Catibo que aquella carta había sido escrita, y que aquella cita había sido pedida y otorgada?

Sigamos el prudente consejo de Manzo-

ni y dejemos esos impenetrables arcanos para nuestros pósteros.

Lo que si está averiguado y consta en los archivos es que el Doctor fué puntual á la cita, y Juana no fué infiel á su palabra de asistir á ella.—¿Qué me traerá, se decía, de seguro que me trae algo.... alguna sorpresa de las que el pobre Catibo nunca podría darme....

Y en tanto ese Catibo, preparando sus revanchas de chico de escuela, sigilosamente se dirigía, noche cadente, al mismo punto, para saber si ella era capaz... oh! como rabiaria de celos el desgraciado, al ver desde su escondrijo tras unas cepas cubiertas de florido cundiamor, aquel bulto blanco apenas perceptible en la obscuridad, que sale de la covacha y camina... camina... hacia la orilla del platanal donde está el chiquero.....y oye sus pasos sobre el pajonal de hojas secas, y oye los cerdos que gruñen al oler la aproximación de alguno que se figuran les trae de comer, y oye resoplar la yegua del médico, y ve á este recatarse, apear-se, atar la bestia á un árbol, y luego se dirige hacia su *amol*, y la saluda, le aprieta aquella mano que el estrechó tantas ve-

ces, quizás besa aquellos labios en que dió el tantos besos chillones.....

¡Ira de Dios!..... en aquel momento hubiera entonado con rabia el aria de la *donnaé mobile*, pero había el inconveniente que no la sabía, y además, ni Verdi había escrito aun la partitura ni Hugo la tragedia que le fué madre.

—Se contentó pues con lanzar su juramento de costumbre.

—Por los cuernos de mi abuelo, que les he de jugar una; y cautelosamente se dirigió á soltar el perro Buscahuevos que aquella noche debía permanecer atado.

Aquel fisipedo medio bobo así que se vió suelto comenzó á esperezarse como acostumbra; luego se puso á escarbar como hacen los gatos cuando van á hacer otra cosa, luego olfateó á todos vientos como buscando huevos; luego alzó la pata trasera izquierda como hacen los perros antes de hacer otra cosa, y luego se fué hacia los calderos embarrados en dulce de guayaba que en descanso, en la heredad vecina, al aire libre, frente á la casa, yacían.

El Catibo deslizándose como un catibo, se dirigió al lugar en que estaba la yegua, y luego á su escondrijo, tras el enredado

cundiamor donde se quedó en acecho con la quietud del *matuango* que así llaman los baracuteyes al aguaitacaiman.

Entanto el médico ya en mitad de su conversación, decía.

—No, no creas; no me urge, porque yo tengo hecho un voto de castidad....

—De castiá, dice Juana sin comprender.

—Pues..... sí, quiero decir, que tengo que cumplir un voto de continencia temporal. Mientras no cumpla yo no puedo..... puntos suspensivos; y las palabras continuaron tan sotavoce que sólo Juana pudo oirlas, y se cubrió la cara.

—Bien; contestó sonrojada; no tengo tanta necesiã.

Sonrióse el Médico ante la barbaridad que acababa de decir su favorecida y añadió.

—Pero eso no impide que procedamos á la ceremonia.....

—¿Cuala?

—De casarnos, para salir de inconvenientes.

—¿Casarnos?.... pues yã.... pero.... ay! que diablos es eso?

Acababa de oirse un ruido seco, áspero insonoro; y fué el Catibo que con la boca

sonó la trompeta sin instrumento, pero de un modo tan artístico que realmente parecía un rumor venido por cualquier otra vía.

Volvieron la cara los dos amartelados con sobresalto, pero bien sabido es que el cejú platanero, antes de llamarnos *feos*, suele hacer un ruido semejante, y esta idea los tranquilizó; y después de mirar en derredor volvieron á su amoroso cuchicheo.

—De esa manera, continuó el doctor, te verás ya libre de privaciones, tu abuela tendrá un abrigo, y tu

—Pero dicen que Usté es judío, y que no cree en Dios.

Dijo la ingenua guajira que sólo temía ya por su alma,

—Hija, en Dios todos creemos, cada uno á su modo. Cuando en la batalla de Wagram los soldados se encomendaban á Dios

—Todos se salvaron?

—No; fueron acribillados; pero dejemos esas chilindrinas, y vamos á los intereses de constitución íntima.

—Intereses de qué?

—Intereses nuestros; ven conmigo y lo sabrás.

—No, no, irme con Ud. ¿y pa hacel qué?

—Ven y no temas, hasta casa de las dulceras, que me deben.....

—¿Y pa hacel qué? No, no, de aquí no me jalan pa ningún lao.

—A quien tienes que temer?

—A todo, y sobretodo á ese pobre Catibo qué no sé que hacelme con él: es muy vengativo y me quiere más que á su mula y sus gallos.

—Ese Catibo se quedará pescando catibos. Te digo que si ese mentecato se propasa.....

Aquí sonó otro trompetazo sin instrumento, esta vez tan recio y tan semejante, que dudamos de donde viniera ni por cual vía se produjera.

Y ante aquel trompetazo que en el silencio de la noche serena retumbó como un lejano trueno, el perro alarmado ladró, y los cerdos gruñeron, y los perros de la vecindad también empezaron á ladrar.

Comprendieron los amartelados que algo extraordinario pasaba; aquello no podía ser cejú ni podía ser nada natural.

—Váyase, váyase! dijo Juana echando á correr.

Y el Doctor suelta una maldición y responde.

—Fínjete mañana enferma, y que me llamen.

Corrió Juana hacia la casa, mas tropezando con la cuerda del perro, fué de cabeza dando una vuelta completa de carnero, aunque sin enseñar nada, porque la noche estaba como boca de lobo, y á más no había allí ni ojos que miraran ni bocas que rieran.

El Doctor huyó también, más no encontró la yegua que se había soltado, y oyéndola resoplar junto á los calderos corrió á ella, perseguido por Buscahuevos cuyo furor azuzaba una voz que salía del platanal; pero al montar, como estaban picadas las cinchas, rodóse la silla y el Doctor cayó de fondo, por no decir de otro modo. Luego al coger la silla, huntada en algo incongruente, la rechazó con asco y montó en pelo, aplicando el acicate: más ni por esas podía la bestia moverse: tenía las manos atadas, y sólo daba saltos descompasados y ridículos. Al primer salto tuvo el jinete que agarrarse de la crin, al segundo fué al suelo, cayendo contra uno de los calderos, y embarrándose de pasta hasta las narices.

Tomó al fin la yegua por la brida, cortó las trabas, y á pié se dirigió á la casa

de los dulces, cuyos dueños, clientes suyos, levantados por el escándalo de los perros, estaban parados á la puerta, como si lo aguardaran.

En tanto la abuela despierta, y creyendo la finca invadida de ladrones, salta de la cama y se esconde debajo, tropezando con y derramando el *scaphium*, y así, empapada en maloliente líquido, se arrastró hasta la pared, con las manos separó las yaguas abriendo una rendija, y asomando por allí las narices, comenzó á gritar:

—Ladrones, ladrones! cógelo Buscahuevos, cógelo; muérdele las patas á esos bribones.

Pero cuando esto ya Buscahuevos apaciguado, se entretenía en lamer golosamente al musíú, cuyos fondillos y toda cuya ropa estaban embarrados en pasta de guayaba.

El Catibo por su parte tomando otra dirección, picó la cerca del Ñato, apaleó á Tragaleguas, y sin cantar décimas, se perdió en la obscuridad, camino de Baracoa.

Así terminó la primer entrevista amorosa de Don Enriquito.





X.

WAGRAM.

¶ Era el día 6 de Julio de 1809.
¶ Y era el día en que una
¶ victoria más, inolvidable, ha-
¶ bía de ratificar las inmarce-
¶ sibles glorias del Vencedor
¶ de Jena.

¶ La Europa por la razón de
la fuerza había aceptado una paz que no
podía ser duradera, y Napoleón que la ha-
bía impuesto tras una serie de triunfos,
aguardaba impaciente el estallido de tan-
to pueblo descontento, que no se avenía
con la preponderancia francesa.

Ya desde el 16 de Abril una nueva coalición y rompimiento de hostilidades despertaba la febril diligencia del león dormido en las Tullerías.

El Austria tres veces vencida y tercera vez humillada en la Moravia, confiando en la irritación de Alemania, las falaces promesas de Inglaterra y en el apoyo de Rusia y Prusia, acababa de violar el territorio de la Confederación del Rín, y 350,000 hombres á las órdenes del Archiduque Carlos, el más ilustre entre los adversarios de Napoleón, pretendían anular en el territorio el predominio francés; pero todas sus hazañas no fueron más que precedentes de la memorable jornada de Wagram, en que cada francés había de ser un Leónidas, cada quebrada del terreno unas Termópilas.

Bernardott, Davoust, Macdonald, Massena, Berthier, allí proclamado príncipe de Wagram, tales fueron, á la sombra del Herve del siglo, los héroes de aquel gran día.

El cuatro de Julio se echaban los últimos puentes sobre el Danubio: borrascoso se presentó el día, como si la naturaleza quisiera protestar contra el furor de los hombres; pero tempestad y fuego del ene-

migo parecían exitar antes que entibiar el valor de las tropas. A pié unas veces, por sobre resbalosos barrizales, otras sobre su corcel ejipto Marengo, corre Napoleón de un puente á otro, y está en todas partes como si dotado de ubicuidad, para ver desfilas artillería, infantería y caballería, por entre balas y copiosas granadas. Al fin el cinco de Julio, incendiada Enzersdorf, acribillado el ejército enemigo, el francés, á los primeros rayos del sol, se despliega en la llanura de Wagram, gracias á una estrategia napoleónica, hasta entonces desconocida en los fastos de la guerra.

Con tal esfuerzo homérico quedaba anunciado el gran día. El Archiduque fué el que empezó la acción: durante la noche del cinco había preparado sus legiones y esperando que el príncipe Juan que ocupaba á Komorn llegaría á tiempo para caer sobre las divisiones francesas que amenazaban á Newsiedel, reservábase rechazar á Marsena, cortar las comunicaciones del Emperador con sus puentes, y batidas las dos alas, atacar de lleno el centro del ejército imperial.

En el fragor de los combates, y entre esa falange de héroes, que entonces asom-

braban el mundo, nosotros vamos á seguir con la vista á un oficial inferior, un teniente llamado Juan Bautista Renaud que pelea bajo las órdenes del denodado Lasalle. Fué Juan Bautista Renaud un martir oscuro, injustamente olvidado por la Historia y por los suyos, que tales suelen ser los azares de la guerra! Cuántos como él, vivos hubieran logrado la inmortalidad; muertos prematuramente no han merecido una página de honor!

Estaba casado con una joven, Enriqueta, oriunda de distinguida familia de Lausana, hija de Juan Faver y sobrina del Barón de Avivar, que también servía en el ejército francés.

Aquella valiente mujer, que había acompañado á su marido durante toda la guerra de Alemania, debía derramar muchas lágrimas en aquel día tan funesto para ella como glorioso en los fastos militares de Francia.

Serian las cinco de la mañana cuando el general austriaco Rossenberg abandonó la meseta de Newsiedel, y formando sus tropas en tres columnas, atacó al Príncipe Eugenio con tal vehemencia que lo obligó á retroceder. Acudió Davoust al punto en su ayuda, y el Emperador temeroso de

que el gefe austriaco se uniese al Archiduque Juan, lanzó sobre el enemigo la guardia y los coraceros, forzándolo con tan vigoroso ataque á retirarse en desorden. Desde este momento se generalizó el combate en toda la línea, y con vertiginosa rapidez se sucedieron los acontecimientos.

Al frente de un cuerpo de 35,000 hombres el Archiduque atacó á Massena quien solo podía oponerle en aquel momento unos 3,000 infantes: número insuficiente para detener la marcha triunfal del enemigo. Bernardotte quiso acudir á su socorro, pero el mortífero fuego austriaco había desalentado á los sajones, introduciendo tal pánico en sus filas, que huyeron sin que nada bastara á contenerlos: heridos y prisioneros fueron el general Golson y dos coroneles, la división de Boudet fué rechazada y sólo las baterías de la isla de Lobau y las brillantes cargas de Marulaz y de Lasalle pudieron contener el ímpetu del enemigo que ya amenazaba al centro del ejército francés, á Essling, y los puentes del Danubio.

A poco se convierte en derrota lo que debía ser uno de los más brillantes triunfos: pero el Emperador siempre alerta corre al punto amenazado, (ahora monta-

ba en Ali regalo del Sufi de Persia) ve á los sajones que huyen, la división de Saint-Cyr aniquilada y en grave riesgo las de Molitor y Legrand, y subiendo á la calesa de Massena para detallarle sus planes, le dice con sangre fría.

—Hasta aquí no veo motivo para desesperar, dos horas bastarán para convertir en derrota el triunfo del enemigo.

—Dos horas, sire! replica Massena dirigiendo la vista á las lejanas fortificaciones austriacas.

—Sí, como se siga estrictamente mi plan. Davoust se halla en estado de atacar á Newsiedel con ventaja; primero tomará á Rosenberg, casi destruida por un cañoneo de seis horas: Oudinot avanzará de frente, y la Guardia de infantería y caballería ocupará la llanura entre Wagram y Aderkhan:

Massena escuchaba con ojos y oídos, siguiendo con la vista las direcciones indicadas.

—Vos, Massena, llamareis la atención del ala derecha del enemigo, dirigiéndoos sobre Aspern: Lasalle y Marulaz os precederán. Cuando yo inicie el golpe decisivo, tomareis bruscamente la ofensiva

contra los cuerpos enemigos que desconcertados no resistirán.

—Luego el cuarto cuerpo, contestó Massena, debe contener con tres divisiones de caballería á todas las columnas del llano?

—Por corto tiempo; es forzoso.

—Ardua es la empresa, pero no importa. Salvaremos el ejército.

—Cuento con ello, replicó Napoleon, apretándole la mano, y bajando de la calesa añadió:

—No perdais un instante: yo vuelvo á Wagram para preparar el triunfo.

En prosecución de tal proyecto formó delante de Raxsdorf una columna compuesta de 21 batallones de infantería de línea, de la caballería ligera de la Guardia y de los coraceros de Nansouty: dos divisiones de infantería, los granaderos de á caballo, y la infantería de la guardia imperial desplegados á retaguardia, debían seguir y apoyar á la columna, que de momento no debía de tomar parte activa.

El enemigo, viendo reconcentrarse las tropas, dirigió contra ellas un fuego mortífero; mas Napoleón para sostener el valor de los soldados, dió personalmente el ejemplo, yendo y viniendo de uno á otro

extremo de la línea, tranquilo, impassible, bajo una lluvia de metralla: diríase que un pacto secreto con la muerte garantizaba su vida.

Seguía avanzando el enemigo y su fuego se hacía cada vez más terrible. A las órdenes de Drotn y Lauriston, la artillería de la guardia partió al galope: pronto cien piezas se hallan en línea, en espacio de media legua, y rechazan á la caballería austriaca que intenta una carga sobre ellas. La artillería sólo hace frente á todos los esfuerzos del enemigo: la metralla siembra la muerte en sus filas; montones de cadáveres rodean como una muralla á Drotn y sus tropas; las piezas austriacas son desmontadas, las granadas y bombas con sus rebotes incendian los campos cubiertos de mieses, y en medio de un océano de humo y de llamas que devoran á los heridos se da aquel combate espantoso.

Al mismo tiempo Davoust establece 84 piezas en batería delante de Newsiedel, y sostenido por el general Friant se apodera de aquellas alturas, disputadas con inaudito encarnizamiento.

El emperador al ver desde lejos aquel movimiento victorioso, dice á su estado mayor.

—Vereis como es Davoust el héroe de esta jornada.

En aquel momento llegó un ayudante de Massena, quien, estrechado sobre el Danubio, pedía socorros.

El Emperador clavados los ojos sobre el ala derecha nada respondía.

—Sire, dice el oficial sorprendido, el cañoneo que ois parte de la isla de Lobau... el puente está en peligro... masas innumerables se enclavan entre él y el cuarto cuerpo: nuestra retaguardia está amenazada.

El emperador calla: su séquito participa del asombro del ayudante.

De repente Napoleón se vuelve.

—Todo eso es ruido: la batalla está ganada, id á anunciarlo al duque de Rivoli: que sin comprometerse haga un movimiento á la derecha y persiga de lejos al enemigo. Yo voy á dar el golpe decisivo.

Al punto, aprovechando el desorden que la batería de la guardia acababa de sembrar en las filas contrarias, hizo marchar á las órdenes de Macdonald la formidable columna que hasta entonces permaneció inactiva, delante de Raxsdorf, y en vano el Archiduque comprendiendo el peligro que amenaza, lanza contra ella su fogosa ca-

ballería: sus mejores jefes ofrecieron sus vidas en holocausto á la patria; Kollowrath Lilienberg, Steirer dieron ataque sobre ataque: Vukassowich, uno de los oficiales austriacos más valientes, se hizo matar sin resultado á la cabeza de los granaderos húngaros.

La columna Macdonald seguía avanzando.

En el momento en que la caballería de reserva iba á cargar y quitar sus piezas al enemigo, el bizarro general que la mandaba recibió un balazo, y con su caída una indecisión fatal, detuvo un instante las tropas del Emperador.

—Quién es el que ha caído? preguntó éste.

—El General Bessiéres, sire.

—No tengo tiempo para llorar: adelante.

Davoust, dueño de las mesetas, rechazaba por el ala derecha á los austriacos, que venían á caer al centro sobre la columna victoriosa de Macdonald, y colocados entre dos fuegos, huían en desorden ante sus vencedores. Y entre tanto por la izquierda, tomando al fin Massena la ofensiva, barria con certera metralla las márgenes del Danubio. Allí, en la últi-

ma carga pereció el intrépido Lasalle, uno de los mejores oficiales de la caballería francesa, á cuyas órdenes servía Renaud, pero Marulaz toma el mando y continúa con igual ardor el combate. El Archiduque pretendió defender la posición de Gerarsdorf, como que este pueblo, mejor fortificado que los otros de la llanura, era el punto de reunión del ala derecha y del centro de su ejército. Protegido á retaguardia por las alturas que cubría la artillería, presentó durante dos horas valla-dar insuperable á la marcha victoriosa de los franceses, pero al fin el Archiduque dió la orden de retirada, que se empezó en buen orden. Por tres veces la caballe-ria ligera de los polacos y los cazadores de la guardia, cargaron sin romper las fi-las contrarias, y aunque en derrota, aque-llos veteranos que acababan de luchar con tanto denuedo contra el Grande Ejército, sostenían aun dignamente el honor de su bandera.

La batalla estaba al fin terminada; las pérdidas eran enormes; cada ejército ha-bía tenido sobre 25,000 hombres fuera de combate, y diez banderas y cuarenta pie-zas de artillería eran principal trofeo de la victoria.

El ejército austriaco de un tercio más numeroso que su contrario, se retiraba en actitud amenazadora hacia las montañas de Bohemia, mientras el francés había mostrado una vez más de lo que era capaz, venciendo en una liza, estudiada y fortificada hacía meses por un adversario superior en número. Quedaba dueño de Viena, y los ingleses que habían prometido una participación útil, se limitaron á una estéril demostración sobre la isla de Walcheren.

Arrojado de su capital, vencido y abandonado por su mismo aliado, el Emperador Francisco pidió la paz, que se firmó en Viena el 14 de Octubre. Tal fué la memorable jornada de Wagram.

Plagio! puro plagio, todo eso que hemos escrito.

Y qué! . . . hay un adagio vulgar que dice "Ladrón que roba á otro ladrón tiene cien años de perdón," y el autor á quien yo haya plagiado, probablemente robó de Rapp, de Massena, de Thiers, del Memorial de Santa Helena y sabe Dios de quien más.

Cada una de esas grandes jornadas Marengo, Pirámides, Austerlitz, Wagram,

Waterloo, ha tenido su gran descriptor, su poema en prosa: ay! en cada una también caía alguna de esas que pudieran llamarse joyas del Imperio. En Marengo sucumbió Dessaix, Kleber en Egipto, cayó Lannes en Essling, en Wagram pereció Bessières, y allí también herido de un balazo en la frente, el intrépido Lassalle.

Por otra parte no hay que plagiar á nadie para saber que la batalla de Wagram, empezada por un desastre, fué una de las más memorables ganadas por Napoleón. “La mas grande, dice Thiers, que hasta entonces se había dado en los tiempos antiguos y en los modernos.”

Allá al extremo de la llanura no lejos del último puente, como oasis de paz y consuelo, se ha improvisado un hospital de sangre; donde mujeres de valor y piedad á prueba de tempestades humanas, luchan por substraer á la guerra algunas de sus víctimas. Temprano han comenzado su tarea: véseles correr ágiles de un lado á otro, llevando hilas, vendas, medicamentos, compartiendo los peligros y endulzando los últimos instantes de los héroes.

Entre ellas está Enriqueta, ó sea Mada-

ma Renaud, que á cada entrada de heridos tiembla por temor de reconocer en un rostro moribundo el rostro de su marido.

Llegó al fin la terrible prueba: ingresó un herido grave, preagónico, casi incognoscible..... vestía el uniforme de teniente.... ¿quién era?.....: Enriqueta lo reconoció, él también la miró, hizo un último esfuerzo por incorporarse, tendió los brazos.

—¡Enriqueta, Enriqueta!.....

—Renaud, amado mío! y lanzándose á él abrazó.... un cadáver.

Sola, sin recursos, abandonada de Dios, y de la suerte se contempló aquella mujer.... pero era mujer de corazón.





XI.

VOELTA A BARACOM.

Sobre Catibo! derrotado en toda
la linea, asesinado en su amor,
en sus castas ilusiones, en sus
nitidas esperanzas.
†† Triunfó al interés de Señá
†† Petrona, triunfó la prudente
† previsión de su nieta, triunfó
la elocuente y bien intencionada palabra
del cura Sanamé. Y el mediquito francés
se llevó la palma, en otros términos, le
sopló la novia, más claro, se casó con la
Juana.

¡Consumatum erat connubium! lo cual quiere decir: güiro, calabaza y miel, todo perdido.

El malhadado Catibo tronó pero inutilmente; juró pero en vano; amenazó pero sin éxito; y al fin devoró su ira y su chasco, maldiciendo el poder del oro y echándose á llorar como un becerro.

¿Pero qué importaban á Don Enriquito y consorte el dolor y el llanto del oscuro pescador? Juana había cedido á la persuasiva lógica de Don Félix Inutroque, que así desde entonces solía llamarse á las onzas de oro, y por lo mismo que nunca las había conocido, deseaba tratarlas con intimidación y cariño.

“Fragilidad; tienes nombre de mujer:” El Catibo no había leído á Shakspeare y por tanto no pudo el infeliz fulminar ese anatema contra la pérfida.

En el primer momento pensó arrojarle á un pozo de cabeza” “Que haya un cadáver más que importa al mundo?” Esa idea le ocurrió, aunque no ese verso no aun escrito. Pero luego pensó que se podría ahogar, y por otra parte reflexionó que si al mundo y á Espronceda no importaba nada un cadáver más, á él sí le importaba

toda la vez que ese cadáver había de ser el suyo, y con homérica abnegación resolvió... ¡quedarse vivo! y vivo se quedó.

¡Rasgo de nobleza! Rechazó y juró no aceptar jamás donativos ni favores de ninguna especie de Don Enriquito.

Habíase procedido previamente á la catolización ó bautismo del cónyuge el cual tuvo lugar, coram toda la ciudad, en la parroquia de Sanamé, que era la única del poblado.

El matrimonio del Dr. Mr. Enrique Faber y Caven, natural de Lausana, y Juana de León y Hernández, hija de Baracoa, se efectuó con todos sus requisitos legales y canónicos en la misma, el día once de Agosto de 1819, oficiando el propio Sanamé, quién en la santidad inmaculada de sus prácticas evangélicas se gloriaba de haber labrado al mismo tiempo la felicidad de la más pobre y lastima digna de sus ovejas.

Renuente en un principio, llevada después inconcientemente por el curso de las cosas, Juana, ante las felicitaciones de amigas y conocidas se sentía tranquila y contenta; nube lejana en cielo azul era ya aquel primer amor de su juventud.

Si alguna de sus amigas sonreía maliciosamente, ó murmuraba al oído de otra palabras inaudibles, ¿no sería envidia por un destino que no le había caído á la misma que lo reía?

Suele haber misterios interféminas que el hombre no comprenderá jamás pero á fe mía, maldita la falta que le hace.

La candorosa guajira á ciertas chanzas de amigas atrevidillas y desenvueltas solía decir:

—Entuavía que no seré su mujer; porque está de promesa

—Muchacha, callate, no seas bruta, le interrumpía la abuela.

Estar de promesa significa estar cumpliendo un voto; y no es preciso remontarse á aquellos tiempos para saber lo que son esas promesas en nuestro pueblo ignorante, gente del campo, especialmente en la clase de color ¿quién no ha visto alguna vez (yo he visto muchas) una dama y no vieja, vestida de áspera estameña ó con un colgajo al cuello á guisa de talismán ó amuleto, ó con el hábito temporal de San Queseyoquien? Andar descalzo pro tempore, barrer la iglesia durante la novena, abstenerse del plato favorito, no holgar, ni pasear, ni beber, ni besar,

ni . . . no, no vamos á hacer relación detallada de tanto disparate á que se obligaban los superticiosos por salvarse de un peligro, por miedo á una enfermedad ó por salir de ella, por lotería ó mejora de suerte, porque mi marido gane á los gallos, porque llueva sobre el reciensembreado tabaco, porque no le hagan mal de ojos al niño, porque se salve del sarampión ó del sapillo &. &. &. Y era lo más singular (bien podemos decir *es*) que San queseyoquien ó Nutra. Sra. de Nosecuantos se hacían sordos á las rogativas, se quedaban con las velas en su honor encendidas, ó con los padrenuestros rezados, ó con la misa ó con el milagrito de plata que se les había consagrado, y la vaca enferma se moría, y la señora paría hembra, y el novio no se casaba, ó le faltaban cuarenta puntos al billete de lotería.

¡Y tachaban de judío al doctor Musiu Enrique! No; era muy católico puesto que tenía su promesa: puesto que sabía hacer votos y . . . echar un voto.

El médico se llevó á su casa á la neocasada é instalándola en aposento temporal, se retiró al suyo, pues debía cumplir

su voto de abstinencia, antes de los demás efectos conyugales.

Modesta, pudorosa, flor de inocencia y candor era la recién esposa; sin embargo al despedirse su marido, con una voz tímida, temblorosa, casi inaudible le preguntó:

—¿Cuando se acaba el voto de castidad?

Y su acento se asemejaba al arrullo quejumbroso de la rabiche que á la caída de la tarde, recatada en el umbroso arbolado, llora, que no canta, ausencias ó esquiveces de la rabiche macho.

Pero el médico nada contestó.

Corrieron horas, pasaron días; horas muertas, días sin alma: El doctor para utilizar aquel paréntesis, decidió pasar á la Habana y una goleta costera, pues por tierra le robaran hasta el título, lo puso en presencia del famoso Dr. Tomás Romay, presidente del Protomedicato y alma que era del cuerpo doctoral de Cuba.

No eran las cosas de entonces tan ríjidas como las de hoy: faltaban médicos sobre todo para los partidos rurales, y fácil le fué á Musiu Enrique obtener un nombramiento de fiscal, lo que hoy se dice subdelegado, de aquella jurisdicción; y mientras él trapicheaba por la capital los

graves acontecimientos de Baracoa iban dándose al olvido.

La Habana se agitaba entonces en convulsiones políticas que anunciaban aciagos días para la colonia, especialmente para los hijos del país; porque allí se iniciaron aquellas aspiraciones legítimas de un pueblo que ansiaba libertad, y que hasta entonces no la había pedido porque no la comprendía; no había echado de ver que era esclavo.

Ya se vé! había otros más esclavos cuya situación abyecta nos permitía la ilusión de que éramos libres

Cuba despertaba: las colonias hermanas del continente nos abrían por decirlo así el apetito para la vida de la dignidad social, y con señales de muerte y exterminio nos mostraban el azaroso camino.

¿Quién en la agitación febril que sordamente comenzaba á efervecer en los corazones, se había de ocupar, ni en la misma Baracoa, de los intereses oscuros de Musiú Enrique y su rival?

Un criollo, un humilde guajiro á quien abandona una criolla para unirse á un advenedizo adinerado, ¡futil interés junto á las convulsiones y acontecimientos que sobrevénian.

El doctor continuaba ausente.

Corrieron los días, corrieron los meses: días muertos, meses sin vida.

Un día recibió una carta del Padre Sanamé que reclamaba su vuelta, y le participaba la muerte de Señá Petrona.

—A fe mía, tanto mejor! exclamó, y esta fué toda su oración fúnebre.

Juana lo aguardaba impaciente, cansada de su triste papel de esposa sin marido, pero el Doctor parecía no tener prisa, ni aun para excusar su dilatada ausencia.

Y entretanto el Catibo se transformaba. Hagamos una visita á ese desgraciado amigo, que ya no herboriza, ni cuida sus gallos, ni canta décimas que era su único consuelo. Tampoco pesca: Sanamé conolido de una desgracia en que santamente y con la mejor intención había tomado parte, se lo ha traído á su lado. No era la primera vez que generosamente se sacrificaba por alzar al caído: su vida está llena de esos rasgos.

El Catibo llora, medita y se regenera, y del chiquillo de escuela surge un corazón lleno de nobleza y virilidad, un espíritu que se avergüenza de sus estúpidas travesuras de otros tiempos.

Comprendió que el dinero lo puede to-

do y juró tenerlo por el trabajo honrado y la perseverancia: el infortunio lo hizo hombre: al menos ese bien le dejó su triste historia.

Quiso saber; Sanamé se propuso ilustrarlo, y jamás tuvo discípulo más erudito ni más inteligente: en pocos días aprendió á leer, escribir y pensar. Era un verdadero placer, el mayor de los goces para el virtuoso eclesiástico, ir desbastando aquella alma inculta, en que había descubierto un diamante hasta allí desconocido, porque le había faltado ocasión de brillar y revelarse. Ahora, á la influencia regeneradora de su eficaz enseñanza, el tosco pescador desaparecía como por encanto, y empezaba á fulgurar la joya resplandeciente de un alma generosa y fuerte.

Sobre todo le enseñaba á despreciar las vanidades del mundo y á admirar á la naturaleza cuyos encantos y cuyas grandes lecciones hasta ahora su ignorancia le había hecho desconocer; y por las gradas suavísimas y elocuentes de esas mismas bellezas naturales, lo llevaba á la contemplación de la Divina Sabiduría, de la Omnipotencia creadora y previsoras. Aquellos gérmenes de luz y de vida, sembrados

en un terreno fértil, pero hasta entonces ignorado, florecían y fructificaban á la manera de esas plantas cuyo prematuro desarrollo promueve y anticipa el artificio inteligente de experto agricultor. Aquella alma se reformaba en el nuevo ambiente que parecía serle congénere, como el cuerpo recobra salud y vida al salir de una atmosfera malsana.

El Catibo quería saber . . . ;para poder! El dinero! Cuanto ansiaba el dinero! Cuanto mal se puede hacer con él!

Esa propensión á la recaída, esas reminiscencias de los antiguos odios, y de la perversidad que ya juzgaba muerta, las leía el doctor Sanamé en el ánimo de su pupilo, y se esforzaba en reemplazarlas con nobles gérmenes de olvido y de perdón.

Bienaventurados los que lloran . . . Un día, pareciendo conformarse á las ideas del alumno, le presentó un programa para las explicaciones de la semana, concebido en estos términos.

TENER DINERO.

- 1º Para gozar los placeres del mundo.
- 2º Para comprar honores y distinciones.
- 3º Para hacer mal á nuestros enemigos.

4º Para merecer el amor de las mujeres.

5º Para satisfacer deseos y apetitos.

6º Para hacer el bien.

La primera lección versó sobre el primer tema "*tener dinero para gozar los placeres del mundo.*" El filósofo habló: las palabras y los argumentos brotaban de aquel pozo de ciencia como perlas que el ávido alumno devoraba. Al concluir la lección exclamó conmovido.

—Ah! no, no quiero el dinero para eso; prefiero ser pobre.

El león se hacía cordero; esas eran las conquistas del Padre Sanamé.

Al otro día la segunda proposición fué con igual lógica combatida y contestada.

Al llegar á la última, el guajiro transfigurado, en raptó de fé y gratitud, exclamó cayendo en brazos del sabio maestro.

—Ah! sólo quiero la riqueza para una cosa; para ser un Sanamé.

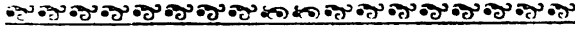
—No serías gran cosa; pero, escucha, á lo poco que soy he llegado sin dinero.



•

—





XII.

AQUI FUE TROYA

A los seis meses volvió Musiú
Enriquito de la Habana y en-
tró en su hogar abandonado
y frío.

Juana lo aguardaba ansio-
sa; aquella posición singular
de casada doncella se le ha-
cía intolerable: harto tiempo había sabo-
reado ya el veneno lento del abandono y
el desaire.

El voto de continencia temporal, según
confesión del mismo doctor, había termi-

nado; pero ahora era una dolencia secreta... una antigua herida....

La virgen esposa comenzó á rujir sordamente de cólera.

¡Luego no la amaba! luego se había casado sólo por venganza! tal vez por tener una sierva, ó por sabe Dios cual otra mira oculta y sin duda perversa.

Siguieron las horas frías, continuaron los días muertos.

Gozaba es verdad de todas las comodidades, y á falta de amor disfrutaba de exquisita cortesanía y condescendencia por parte de su marido. Buenos vestidos.... y desamor; prendas de mérito.... y frialdad; lecho de lujo.... pero solo.

En ocasiones se preguntaba á si misma.

—¿Qué significa esto?

Tuvieron varios altercados que cada vez se agriaban más; altercados que parecían tanto más insólitos y extemporáneos en cuanto ocurrían en plena, estéril y cansada luna de miel; mejor dicho, precedían á esa luna que tanto tardaba en asomar por su nebuloso oriente.

Una noche.... ¡noche funesta! llovía copiosamente, un viento frío y húmedo conmovía las puertas, sin tregua se sucedían los relámpagos, el trueno retumbaba

sordo á lo lejos. Noche horrible cuando se está solo, noche en que se suspira por un amigo ó por una compañera.

El ánimo acongojado y los sentimientos harto tiempo forzadamente comprimidos de Juana, más que nunca demandaban expansión. ¡Qué cruel sería dejarla sola en aquella noche! pero á la hora de costumbre, el veterano de Napoleón en quien no podía caber el miedo, dió con fría displicencia las buenas noches, y se retiró.

Aquello era ya insultante, intolerable.

Juana se fué á su cuarto, donde lloró un momento de amor propio y de rabia; pero luego se levantó con decidida intención, se dirigió al cuarto de su marido, empujó sin pedir venia la puerta, y se presentó de repente, á medio vestir, provocativa, tentadora.

—¿Hasta cuando?.....

Don Enrique hizo un gesto de sorpresa y disgusto, y permaneció mudo; luego se dejó caer en un sillón y apoyó la frente en la mano.

Juana se acercó enérgica, conminadora: aquellas ansiedades tanto tiempo contenidas, estallaban al fin en desordenada tempestad. Su actitud, su hermosura salvaje, su cuasi-desnudez, todo era pro-

vocativo, enloquecedor; pero el doctor permaneció de nieve.

—¿Con que es cierto que no me amas? que ni siquiera me deseas? luego sientes por mí una repugnancia invencible? ¿qué te hice? ¿en qué te ofendí? ¿porqué me sacaste de mi miserable hogar? ¿porqué no eres mi marido?

En aquel momento la ignorante campesina estaba elocuente; uno de los efectos del amor y el dolor es despertar el intelecto. Sus mejillas despedían llamas, sus ojos chispeaban con todos los ardores del amor despechado.

Ya no era la casta esposa que brinda modesta y sonrojada las primicias de su virginidad, era la bacante desdeñada, la Fedra desairada y rabiosa. En aquellos ojos ya no resplandecía la luz purísima del amor conyugal, sino el delirio insano de la lujuria, la fiebre del deseo.

—Ven, ven; exclamó abriendo los brazos.

El Doctor se puso de pié; miró un momento aquellos ojos que abrasaban, y con una voz lúgubre, sorda, como si temiera ser oído por otros, dijo:

—Pues bien, no más mentiras; es hora

de hablar. Tienes . . . que prescindir de todo eso.

—¡Porqué, porqué, porqué! gritó Juana.

—Pórque . . . yo soy mujer.

—Qué dices? exclamó Juana sin comprender.

—Digo que es preciso que lo sepas . . . Mira!

Juana miró y se quedó estática: lo que tenía delante era en efecto una mujer.

La misma estupefacción la dejó muda. Sintió correr por sus venas un efluvio de hielo que amortiguó súbito el ardor que la poseía; ya no era el ansia del amor desdenado, sino la llama de indignación y de odio que incendiaba su alma. Aquella transformación repentina, inesperada, casi inverosímil, de un hombre en mujer, de su marido en lo que debía ser una criminal ó una loca, le parecía un sueño, un delirio de su fantasía. No podía ni oír las palabras que en aquel momento le dirigía el médico.

—Escucha, no hagas nada sin oírme: yo soy Enriqueta Faber, viuda de Renaud, que murió en Wagram hace diez años: me casé por librarte de la indigencia . . .

La actitud espantada de Juana le impu-

so silencio: hubo un momento de pausa indefinible: al fin Juana pudo hablar.

—Miserable!...y se ha burlado Vd. de mí, de las leyes, de la iglesia, de todo lo que hay de grande y de sagrado....

—El secreto, Juana, y los dolores serán para mí; tú tendrás cuanto quieras, tú me heredarás.

Enriqueta era ahora la que se acercaba trémula, suplicante, tendiéndole la mano. Juana se separaba rechazándola con indignación.

—El mal está hecho, Juana, hagamos un convenio.....

—Jamás... pero ¿qué te movió á un crimen ó á tantos crímenes inútiles.... que espíritu, que intención del infierno..?

—Necesitaba pasar por hombre...se empezaba á sospechar mi sexo, quise dar una prueba de virilidad. Pero tú...tú no perderás nada. Yo seré padre de tus hijos.

—¡Mis hijos!....

—Sí; yo prohijaré los que tuvieres.

Juana lo miraba en el colmo de la estupefacción ¿qué quería decir aquella mujer? Ella continuó

—Con el dinero todo se puede; elije un

hombre que para el secreto sea un sepulcro ... el mismo Catibo....

Ante aquella cinica proposición, Juana se cubrió la cara avergonzada.

Ignorantes y á veces intratables nuestras guajiras, tienen perfectamente desarrollada la noción del honor y el deber. Transijen con los trabajos más humildes, pero no transijen con la deshonra: en cada una hay una heroína que pasa ignorada porque falta la ocasión de la prueba.

Una mirada de indignación fué la contestación,

—No te basta, añadió Enriqueta, bien, yo desapareceré para siempre... tú te quedarás libre... haré correr una noticia de mi muerte.....

—Jamás jamás! no es posible callar; me condenaría si entrara en pactos con un infame como Vd.

Y con pasos no de guajira descalza, sino de reina ultrajada, salió del aposento y se encerró en el suyo.

No durmió en toda la noche; por la mañana vió á su *marido* montar y salir precipitadamente. Ya comprendió á donde iba, puesto que no guardaba su dinero en la casa.

No aguardó más: esperar un día era hacerse cómplice: le parecía que aquella atmósfera estaba contaminada de pecado y de vergüenza. Se quitó las ropas dadas por su *marido*, porque las creía inficionadas, vistió su humilde traje de sitiera y salió á la calle.

—Al Padre Sanamé!

Pero en el camino, no diremos si por desgracia ó por fortuna, se encontró con el Catibo. Un ser nuevo para ella: el insomnio, la desesperación y el continuo estudiar lo habían trasformado. Pálido, serio, demacrado, ojeroso . . . Juana no pudo contenerse, y enjugándose una lágrima, se dirigió á él.

—Sabes? . . . fui perjura; pero tenme lástima; la expiación es mayor que mi pecado.

—¿Te trata mal ese infame! dijo él temblándole los labios de ira.

—No; mucho peor, voy á ser la burla de todos . . . mi marido . . .

—Habla, habla; qué ha habido? qué te ha hecho?

—Mi marido . . . no es hombre.

—Nunca lo fué; es un cobarde, es un . . .

—No, no comprendes; mi marido . . . es mujer.

—Pues ya lo sabía! y bien lo demostró el día que lo desafié en el camino del Guasimal.

—Vaya, Pancho, no me has entendido; te digo que es una mujer disfrazada de hombre.

Calcúlese cual sería la estupefacción del Catibo.

—Cómo! ¿qué dices? Musiú Enrique..?

—No hay tal Musiú Enrique, mi marido se llama Enriqueta Faber, viuda de Renaud.

El Catibo la miró un momento como para cerciorarse de que aquella mujer no estaba demente: luego la tomó de la mano.

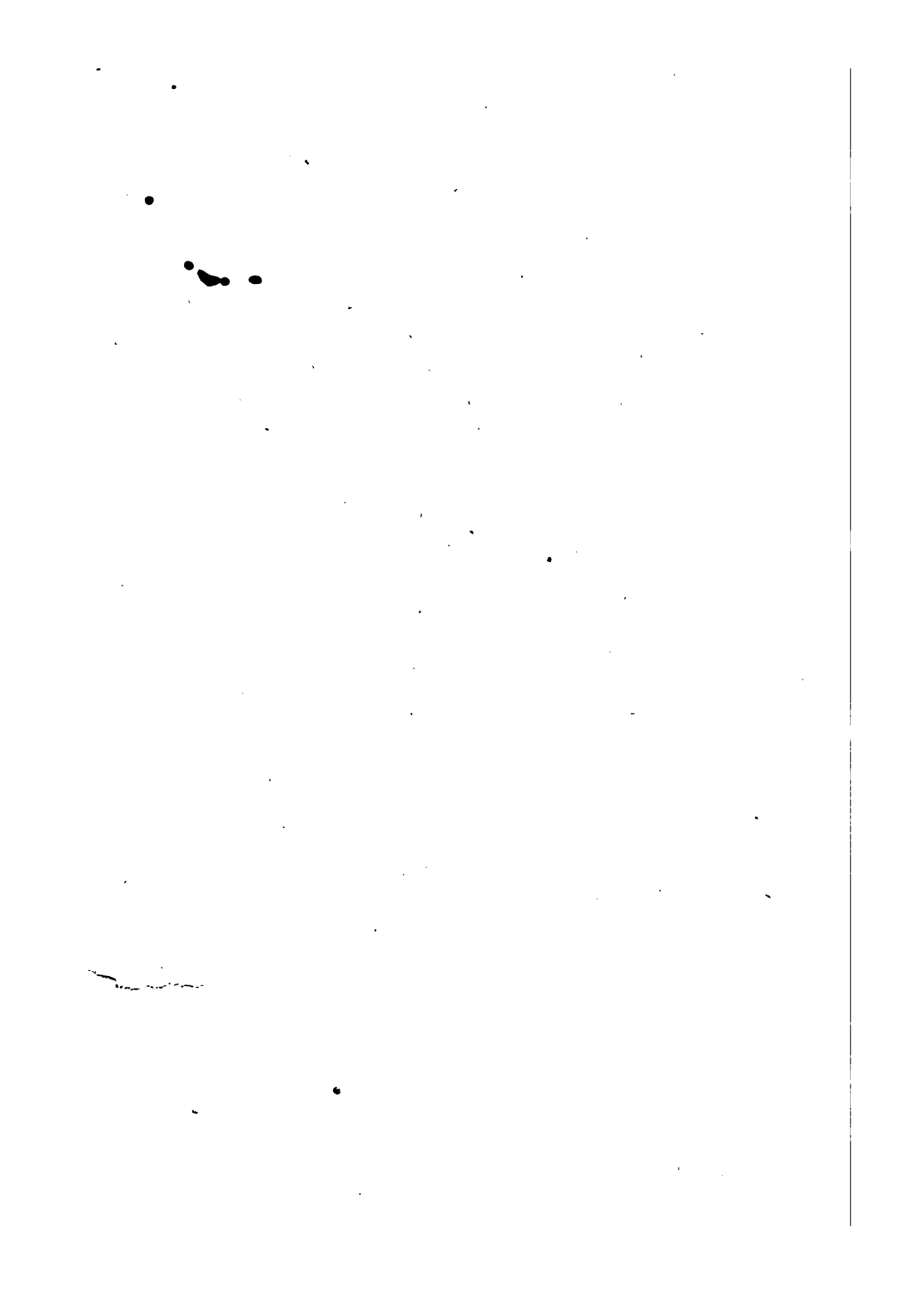
—Ven, vamos á confundir á esa p....

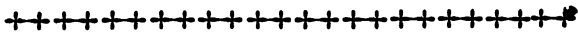
—Calla! exclamó la sencilla Juana que ni aun en aquella tribulación quería oír una palabra descompuesta. Luego añadió:

—No lo hallarás en casa.

—Pero adivino adonde fué y lo esperaré en el camino. Contestó él echando á caminar, mientras ella se dirigía á la iglesia.








XIII

MONS PARTURIENS.

L discípulo dócil y resignado del Padre Sanamé había desaparecido quedando de nuevo el Otelo furibundo, el vengativo amante de Juana.

Y lo buscaba! buscaba al doctor como el catibo busca los guajacones, para saciar el uno su voracidad, el otro su deseo de venganza. Montó en su descansada mula y salió al camino, adivinando que cosa, sin duda muy urgente, podría haber hecho salir al

doctor hembra en semejante día de su casa.

Muy pronto, allá no lejos de las orillas del Miel, en una curva del camino, lo vió aparecer dirigiéndose rápidamente á Baracoa.

Enriqueta montando á lo Juana de Arco, esto es, á horcajadas como hombre, detuvo su cabalgadura con desasosiego que no pudo disimular, porque la presencia en aquel punto de su antiguo rival le anunciaba alguna escena trágica ineludible.

El Catibo también se quedó de pronto en la inmovilidad de la duda.

¡Atacar á una mujer! era cosa ignoble, que repugnaba á su hidalguía.

Es verdad que aquello no era mujer sino por equivocación de la naturaleza, que había vaciado en molde de hembra el espíritu de un pillo macho.

Y aun siendo sólo espíritu de varón y no de pillo ¿es realmente hembra la mujer que hombrea?

Juana es valiente sin duda (hablo de Juana de Arco y no de Juana de León) es admirable, es patriótica, digna de estas tuas ecuestres y de cuanto se quiera, pero en ella no consideramos á la mujer sino

al soldado: en la vascongada Catalina Erauso no hay más que un alfez, digno unas veces de premio, otras veces de una paliza: en Judith, y en María Pita, y en cuantas heroínas registra la historia, hay patriotismo, pero no busquemos femineidad: fueron varones disfrazados de hembras por la naturaleza.

En nada de eso se le ocurrió pensar al Catibo, porque no era fuerte en historia, ni tampoco se le ocurrió que pudiera desenlazarse en comedia de Breton lo que pudo ser drama de Bouchardí.

Vínole á los mientes una idea diabólica, una de aquellas que hacían su delicia cuando era pescador. En su nueva vida se avergonzaba de ellas, pero lo hemos dicho, todo Sanamé se borraba de su intelecto; el converso se precipitaba de nuevo en los abismos de odio y venganza salvaje de que lo había sacado la evangélica enseñanza del filósofo.

Así fué que apenas vió acercarse á su antagonista, á boca de jarro le disparó estas palabras.

—Alto ahí, la doctora hembra!

El doctor, es decir Enriqueta Faber, se quedó como Semíramis ante la sombra de Nino. Esperaba que *su consorte* hubiera

callado por discreción, conveniencia ó miedo; pero una vez el secreto revelado. era forzoso, antes que se hiciera pública la odiosa burla, escapar y ocultarse.

Contestó con una maldición en francés. Luego levantó la mano como pidiendo atención, una mano pequeña, mano de mujer: ahora fué cuando reparó el Catibo que aquel pseudohombre tenía mano de mujer, cara de mujer, y pié de mujer: hasta aquel instante la preocupación le había impedido notar lo, como se lo había impedido á todos.

—Mira, dijo, transémosnos.... yo te daré....

—No me dará Vd. nada porque yo no acepto nada de aventureras descaradas. Doctora, Vd. me quitó á mi mujer, y ahora.... ahora.... Vd. va á ser la mía.

Y arremetió resuelto á ella con el insulto en los ojos, con la befa en los labios, con el desafío en toda su actitud.

Y sin embargo en aquella procaz tentativa no entraba para nada la concupiscencia ni hubo más intención que la de mortificar á la mujer-hombre.

La doctora llevó la mano á la cañonera, y en un movimiento convulsivo, picó, tal vez sin intención, al caballo que brioso

avanzó y chocó contra la escualida mula de su adversario, cuasiderribando ginete y cabalgadura.

Y acto continuo, aprovechando el momento de confusión, volvió la brida, y á un galope que la mula no podía alcanzar, se alejó en dirección á la ciudad, murmurando con sorda rabia:

—Todo se sabe, luego todo está perdido!

Ante una acción tan cobarde y tan mujer, toda duda respecto al sexo se desvaneciera si es que alguna quedara; pero ¡cosa singular! esta vez el Catibo no entró á palos á Tragaleguas. Lento, muy lento con más calma de la que requería la mula, siguió tras el fuyente doctor que ya se perdía á distancia en un ángulo del camino.

¿Para qué precipitarse? Todo aquello tendría que venir á su desenlace natural, inevitable.

Notó entonces, con asombro, que su imaginación en tan críticas circunstancias, se separaba suavemente de los intereses del momento, para fijarse en cosas fútiles y completamente ajenas á la situación, desvariando entre Juana y la naturaleza que lo rodeaba, y volviendo de la una á la

otra en raptó que le extrañaba por su misma falta de oportunidad.

¿Se apoderaba Sanamé de nuevo de su cerebro? Reparó que dos inocentes bianjanes ó tojosas á unos diez pasos ante él, caminaban apareadas, y á trechos volaban para posarse un poco más adelante, y mirándolas con ternura se puso á pensar que eran símbolo del amor conyugal; notó que la cotorra, en son de protesta, reduce su carcajada burlona y su incansable cotorreo al acercarse un hombre en quien reconoce un enemigo; vió una pareja de tímidas garzas que con pausado vuelo bajaban á posarse sobre la orilla del río, y echó de ver multitud de hechizos y deleites naturales antes para él ocultos. Y al volver de su éxtasis, admirado de hallarse pensando en tales cosas se preguntaba:

—¿Y Juana? . . . y qué! un chasco pasajero, algunos días de desapiadada burla, . . . y qué más? El médico se la devolvía intacta: él se había ilustrado, es verdad, él había cambiado su modo de ser; ella permanecía una guajira ignorante, le era inferior; pero era una mujer, buena que había sido engañada, y que acaso había aprendido más que él en la gran escuela de la adversidad.

Pocos minutos demoró en tal orden de ideas, y sin darse cuenta volvió á aquella naturaleza cuyos encantos el Cura le había enseñado á admirar ¡Cuanto florido arbusto que parecía decirle “aquí estaba yo y no me veías!” cuanta palma esbelta que le preguntaba ¿como no habías notado antes mi hermosura? Es que antes en la noche de su ignorancia, no podía él comprender el indefinible poema que encierra una nube iluminada por el sol, dejando correr lentamente por el llano su dilatada sombra, no había reparado que la baba de inmunda oruga mancha los pétalos que antes besó cariñoso el bellissimo insecto de prismáticos colores, antes no había sabido leer un himno de alabanza en el armónico murmurio del arroyuelo, ni sabía que el céfiro enamorado de la florecilla silvestre parece cantarle amores en su suavísimo susurro.

¿Y Juana?... Juana era una joya en bruto, pero ¿no estaba allí Sanamé, el gran lapidario? Juana podía... contempló un momento la distante montaña de Altamira coronada de nieblas, y le pareció un murallón verduzco y prosáico que corta abruptamente el horizonte; observó luego un lagarto que se disimulaba entre

las hojas verdes, y se hacía invisible vistiéndose de ese color, y al oír un atalaya de un bando de judíos que pacían confiados en su centinela, dar el alerta á los suyos por la aproximación de un enemigo, pensó en los perennes ejemplos que para todas las virtudes nos ofrece incesante la madre naturaleza; y vió la previsión en la hormiga, la diligencia en la abeja, la vigilancia en el gallo, la fé conyugal en la tórtola, la fidelidad en el perro, y en el norturno cejú, perseguido de día por los otros alados, vió la desaprobación de la perfidia.

¿Y Juana? . . . Qué tenía que ver Juana con tales cosas? ¿no era importuno y hasta ridiculo pensar en todo eso? ¿qué conexión tenían los biajanies y las garzas, la montaña ó el lagarto con su situación y con el doctor-hembra y con todo lo que pasaba?

En aquel silencioso Baracoa, pensó, el caso había de ser el escándalo de muchos días, porque hay muy poco de que hablar en Baracoa. Entonces le vino á la memoria que el Cura era uno de los pocos que allí recibían periódicos y correspondencia, y recordó que le había oído hablar de convulsiones políticas en la metrópoli y en

Cuba. Corría ya el año veinte: el Prometeo encadenado en santa Helena comenzaba á ser olvidado: un tal Riego en vez de salir para la revuelta América, acababa de proclamar en Cádiz la constitución, chispa que incendió á toda España y á Cuba donde un jefe demasiado prudente habia sido obligado por el pueblo á jurar el nuevo orden de cosas, el aura popular mecía los nombres de los revoltosos Senmanat, Elizacin, Aldama, acaso ya los de Heredia, Lemus y otros próximos heroes, una prensa exaltada, se decía, suscitaba los ánimos á la demolición de todo lo viejo; las colonias del Sur se sostenían contra la madre patria, y sobre cadáveres y ruinas firmaban su acta de independencia. . . . recordó también. . . .

¿Y Juana? vamos á ver á Juana.

Tan embebido se hallaba que pronunció esa última frase en alta voz, y fué entonces cuando notó que la mula aprovechando su apatía ó su meditación filosófica, se habia detenido y mansamente mordía la yerba, como si no tuviera un jinete encima ni obligación alguna que cumplir.

Paso á paso continúa su camino como vendedor de bulas fastidiado de no hallar compradores, y entretanto sigue desfilan-

do, en confuso panorama por su extraviada imaginación una cáfila de necedades tan absurdas como mal traídas—La lección de mañana es sobre inmoralidad del desafío—¿porque se llama Aboukir la perrita del médico?—cuando las gaviotas vuelan al Sur es que amenaza borrasca—la voz de Paco Pita cuando canta suena como un caldero rajado—Baracoa desde aquí parece un montón de sacos rotos de plátanos y de estiercol—¿porque las auras se remontan tanto cuando va á llover?—el cura Sanamé....oh Sanamé, mi....

Atiborrado el cerebro de tales majaderías tardó más de dos horas en llegar á la ciudad que apenas distaba media legua. En casa de Juana encontró á Pedro Pablo, al Cura y á Paco Pita. Este, con quien estaba reñido desde el casamiento, le salió al encuentro alegre y con la cara de un cobarde que acaba de hacer una acción heroica.

Comprendió que venía á brindarle una no solicitada amistad, y en efecto Paco Pita, sin saludarlo, pero con aire amistoso, como si hubiera cesado la causa de los rencores, le dijo.

—Sabes lo que hay?

—Qué?

—Que ha desaparecido!

—Quien

—El médico-hembra

—Un crimen más! pensó el Catibo.

Porque en realidad sin la presencia de aquella mujer ¿cómo podía Juana quedar constituida en mujer soltera?

Enriqueta, en efecto, había abandonado con precipitación á Baracoa, y razón tuvo para ello, porque el día siguiente, no en los periódicos que allí no los hay, pero sí en las tiendas, casas y corrillos bodegueros, no se hablaba más que del marido que resultó mujer.

Su única despedida á Juana León decía:

“No has guardado el secreto; tanto peor para ti; tu estúpida honradez te perderá. Yo desaparezco, pero te prevengo que si me persigues me vengaré.”

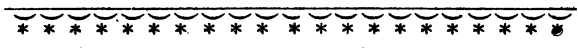
—Tú has hecho lo que debias hacer, añadió el Cura, despues de leer la carta; otra cosa hubiera sido inexcusable; pero la vindicta reclama á esa criminal; se la buscará y se la encontrará. Dios quiera concederle arrepentimiento y perdón.

Y después con humildad evangélica, con una mirada digna del mártir del Calvario, tendió la mano al Catibo y añadió:

—Perdóname!

—Oh padre, padre . . . ! exclamó el guajiro, besando y humedeciendo con sus lágrimas aquella mano venerable.





XIV.

DIALOGO.

*
*
* *General Vives*—Ja, ja, ja, ja
* *Obispo Espada*—Vuesencia se

***** rie ?

*
*
* *Vives*—Permita Su Ilustrísi-
* ma que dejemos á un lado el
tratamiento.

Espada—Pues bien, digo á Vd. que esa
risa me asombra, pues no creo que el ca-
so sea de risa.

Vives—Pero como no me he de reir, pa-
dre, si eso es lo más gracioso y original
que jamás he visto?

Espada—Yo no lo encuentro original ni gracioso sino criminal é infame, y digno de severo castigo.

Vives—Ja, ja, ja . . . Un matrimonio sin cónyuge masculino, una boda sin varón, un marido que resulta hembra, una casada que resulta sin marido!

Espada . . . Es decir, una mujer que se burla de la manera más cínica de la sociedad, de la religión y de las leyes: un extranjero que se acoge á nuestro abrigo para befar los sagrados cánones de nuestra madre la Iglesia. Y si á lo menos hubiera sido la necesidad de ocultar un pasado bochornoso, si hubiera sido arrastrada al crimen por el hambre, por una coacción irresistible; pero no hay tal; ella tenía con que vivir, su profesión la ponía al abrigo de la miseria.

¡Cuan diferente es Catalina Erauso! tenía espíritu de hombre y se vé condenada á monja; rompió las trabas para hacerse útil; mientras que esa Faber . . . pero hombre! hace Vd. el favor de no reír más?

Vives—Usted perdone, padre, pero el hecho es tan singular! he ahí uno de los casos matrimoniales, en que la mujer puede ponerse los calzones, puesto que el marido no los tiene.

Espada guardó silencio.

Vives—Yo la mandaría á Isla de Pinos, á la colonia que pienso fundar de la reina Amalia; y allí la casaría . . . con hombre, padre, con hombre porsupuesto.

El Obispo continuó silencioso. No acostumbra á celebrar chanzas inoportunas.

Vives—¿Y que castigo, padre, prepara nuestra santa madre la Iglesia? Sin duda la excomuni6n mayor . . . ?

Espada—La Iglesia no lo tiene, así como los primeros romanos no tenían pena para el parricidio, porque no concibieron que tal crimen pudiera perpetrarse.

Vives—Entonces habrá que legislar sobre la materia.

Espada—Allá los tribunales civiles. La Iglesia lo que hace es rechazar á ese monstruo de su seno, como se corta de un cuerpo sano un miembro gangrenado.

Vives—¿Y no sería lo mejor, padre, considerar demente á esa mujer y encerrarla en la quinta?

(Antes de fundarse, 1828, el hospital de San Dionisio, se recogían los dementes en la *casa de Orates* ó quinta de Hechevarría, sita en Carraguao, donde estuvo más tarde el colegio de San Cristobal.

Espada—Los jueces dirán . . . ante to-

do débese disponer que indemnice á esa desgraciada Juana León tan torpemente burlada.

Vives—¿Y ese perillán de Sanamé . . . ?

Espada—Oh! silencio, por Dios, sobre ese punto! El no tenía obligación de examinar el sexo de los contrayentes; por eso el crimen, aunque sacrilego, lo juzgamos civil; y luego, sépalo Vd. Sanamé es un modelo de virtudes: los Sanamé son honra de Baracoa, y uno de ellos, el mayor, fallecido por desgracia, el año siete, fué un sabio ilustre. Después del Pbro. Varela, Cuba no ha producido hombre de más vasta erudición, ni de más rectas intenciones: no comprendo como sin recursos llegó á saber tanto: es un ejemplo de lo que puede por el buen camino la perseverancia. Su desinterés no tuvo límites, porque igualó á su piedad, y en ese punto su hermano es su digno émulo.

Vives—¿Y cómo ese tesoro vivió en la oscuridad de un villorrio?

Espada.—Por su excesiva modestia que le perjudicaba: no quiso ser más que cura de Baracoa, y buscó la oscuridad, que había de disiparse donde él brillara. Fué hombre de otro país y de otra época; más

no hubiera sido un anacoreta, porque necesitaba hacer el bien como pasto primero de su alma. Para él pedí á S. M. una canongia que obtuve, y cuando se preparaba á iluminar más vasta escena con la antorcha de sus conocimientos, se enfermó y murió en su ciudad natal, por desgracia para Baracoa, para Cuba y para la iglesia.

Vives--De modo que fué uno de los pausiletos.

El obispo le dirigió una mirada—pregunta que duró medio minuto,

Vives—Digo, que fué uno de los pausiletos, de Cicerón.

Espada—Ah! ya . . . si; de los *pauci electi*, de los pocos elejidos; pero . . . eso no es de Cicerón.

Vives—Pues será de Aristóteles ó cualquier otro . . . psit! nosotros los militares!

Esto pasaba en la riquísima posesión de que todavía existen restos y que aun conserva el nombre de Quinta del Obispo. Fundada por Espada en el incipiente barrio del Cerro en 1816, nada podía imaginarse de más artístico y ostentoso . Después de tantas fundaciones benéficas como sembró en su diócesis, durante su largo episcopado, que duró desde Febrero 1802

hasta Agosto del 32, bien podía permitirse el ilustre Prelado, aquel retiro sibarítico para solaz y esparcimiento de su ánimo.

Allí meditaba tanto bien como hizo á Cuba, y allí lo visitaba el Capitán General en busca también de esparcimiento y solaz y consejo saludable.

Aquellas sombrías guardarayas de mán-gos, hoy enyerbadas, aquellos jardines, ayer de flores hoy de legumbres, aquellos baños, tanques de cisnes, jaulas de osos, estátuas, cenadores, pajareras, hoy desiertas y arruinadas, aquella casa antes de dos pisos, hoy de uno, aquella avenida de palmas que de la entrada conduce á la residencia, aquel río encauzado con muro y reja, el soto de árboles frutales, todo parece que reproduce su imagen, todo parece que llora su ausencia.

La hermosa quinta desaparece ante las exigencias modernas que la ahogan: el barrio del Tulipán se dilata, la estrecha, le disputa el terreno, lo conquista palmo á palmo; á poco más sólo quedará de ella un recuerdo.

Después de meditar un momento, el General, siempre en el tono humorístico,

volvió á la carga sobre el mismo tema y dijo:

—Padre, ya sé yo lo que Federico de Prusia hubiera hecho con esa mujerzuela.

—Diga Vd. con esa réproba, ¿qué hubiera hecho?

—Hubiera casado á esa mujer tan varonil y tan marital con un granadero de su guardia para obtener hombres doblemente hombres.

Y soltó una carcajada como si realmente hubiera dicho una gracia.

Su Ilustrísima no le hizo eco.

—Dígame su reverencia ¿y el crimen de curar. . . . ?

—Eso no; tiene su diploma de París, y consta que estudió en calidad de hombre.

—¿Es en realidad un médico?

— Es un cirujano latino con licencia, lo que es algo más que esos romancistas y flebotomianos llamados á desaparecer: por tanto no fué curar su delito: falta mayor fué ocultarse tras su crimen, y dejar tanto tiempo á una pobre mujer en situación equívoca y nada envidiable.

—¿Cuanto tiempo?

—Más de tres años hace del matrimonio. Desde entonces se ocultó y ha sido ahora presa en Tiguabos.

• —Padre, me ocurre una cuestión mitológica.

—¡Mitológica!....

—Pues, sí, un problema, una duda....

—Teológica, querrá Vd. decir?

—Eso, sí, teológica.... psit! que quiere Vd! nosotros los militares!....

Sonrióse el Obispo con cierto aire burlesco, porque le pareció realmente original y gracioso, que á un capitán de ejército se le ocurrieran ideas teológicas.

—Diga Vd, padre ¿no purifica el bautismo?

—Del pecado original.

—El niño no puede tener otro; pero si el neófito es mayor de edad ¿no queda purificado del todo?

—Si queda.

—Luego esa mujer-hombre al bautizarse quedó....

—Pecadora y sacrilega; porque no hubo verdadero bautismo, sino un engaño peor mil veces que el de Jacob usurpando la primogenitura de Esaú: bendición que por dolo cae en un lodazal á nadie santifica. Ese crimen fué tan sacrilego como el del casamiento.

—Más, padre; porque es el acto que

más nos enlaza á la iglesia; al fin, el matrimonio es un contrato social....

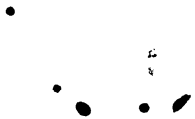
—Nunca! La iglesia católica jamás aceptará eso....

Una pausa. Ambos interlocutores permanecieron un momento hablando con su propia conciencia. Al fin el General dijo:

—Pero ¿qué objeto, padre, pudo llevar ese matrimonio unisexual? A eso no encuentro solución.

—Ni yo tampoco; pero, pues el hecho redundará en daño de tercero; enciérrese á esa loca hasta que el arrepentimiento redima su alma.







XIV.

LA GRAN NOTICIA.

UNA noticia sorprendente, inaudita, con puntos de inverosimil es la que vamos á dar ahora al lector.

***** Esto que escribimos no es una fábula, no es cuento, no es invención; es una historia real y verdadera, en el hecho principal y en casi todos los detalles.

Hubo una mujer que en traje de hombre, despues de servir en las campañas de Napoleon, realizó ad pedem literem, las extraordinarias, mejor diremos extra-

vagantes hazañas que aquí hemos descrito.

Prescinda el lector si quiere del Catibo y de su afán de herborizar y de tocar la trompeta sin instrumento, y de dar purgantes á quien no los había menester ni los había pedido; pero sepa que en lo esencial no hemos hecho más que extraer y referir á nuestro modo, una de las causas célebres de Cuba; la bien conocida del *Médico-mujer*.

Id á Baracoa, á Santiago de Cuba, al pueblo de Tiguabos ¿quien allí no conoce esa historia? La causa, seguida en el juzgado de Santiago de Cuba, donde radica, se imprimió en la revista titulada: *La Administración*, con detalles que harían ruborizar á un carretonero, aunque ese carretonero fuera de los que trabajan en nuestros muelles.

¡A que impurezas, á que abominaciones se ve llevada la loca de la casa, esto es, la imaginación, al leer ese tejido de aberraciones y de obscenidades! Y aun hay que advertir que aquí la loca de la casa nada tiene que inventar: allí está todo, todo, muy claro, muy pormenorizado, en letra de molde: felizmente no es lectura

para damas, sino para esconderse en los empolvados archivos del escribano.

Ya puede considerarse cuanto, allá en la época del suceso, se comentó, y cuanto se disparató, aunque nunca quedó explicado el verdadero objeto que el Médico-mujer se propusiera: de los comentarios brotaba sólo una ola de cieno, y la verdad quedaba siempre envuelta en hipótesis de fango.

Parece ser lo más verosímil que empezándose á sospechar por ciertos síntomas que el médico pertenecía al género femenino, quisiera, este ó esta, probar ficticiamente virilidad, prohiendo los hijos de una mujer con quien viviera marital, y, en apariencia, legalmente; más cometió la torpeza de no preconfiar su secreto á la Juana de León, esperando obligarla al silencio por el dinero, la amenaza ó el miedo al ridículo. También esperó, según consta en la sumaria, que en caso de descubrirse la escandalosa burla, estaría en honra de la facultad y en interés de la iglesia y del poder judicial el ocultar el caso, corriendo sobre él un velo impenetrable, y mediante su ofrecimiento de salir inmediatamente y para siempre del país.

• Pero debió equivocarse en sus esperanzas, porque intervenían en el caso hombres tan íntegros como el Padre Sanamé en Baracoa y el Obispo Espada en la Habana.

Empero aun cuando fuera cierto que la médico—mujer buscara sólo quien lo cuidara y le guardara sus ahorros, como declaró ante los jueces; aunque fuera cierto (lo que no es posible porque no requería eso un matrimonio sacrílego) que quisiera sólo salvar de la indigencia á una mujer pobre y sin protectores, siempre resulta el caso el más estrambótico, inmoral y cínico que puede imaginarse, y es absolutamente imposible justificar á la protagonista de esa inicua comedia; es imposible hablar de ella sino con repugnancia y horror.

Fracasará quienquiera que en novela ó historia ó lo que sea, emprenda la obra de su rehabilitación.

Según consta en el citado proceso (va la parte histórica), esta extraña mujer nació en Lausana en 1791: casó de diez y seis años, y á insinuación de su tío el barón de Avivar, con Juan Bautista Renaud, oficial francés á quien siguió á la guerra. Quedando viuda adoptó el traje de hom-

bre, y se trasladó á París donde estudió cirugía bajo el hombre de Enrique Faber. Como tal militó en España, y prisionera en Miranda, escapó sin que se descubriera su sexo, asistió á la campaña de Rusia, y en 1816 vino á la Guadalupe, y de allí pasó á Santiago de Cuba, donde algún tiempo ejerció su profesión, siempre en calidad de hombre. Después se trasladó á Baracoa, entonces abrigo de muchos franceses emigrados de Santo Domingo que allí habían fundado el barrio Francés. En esta ciudad se bautizó y se casó con una joven pobre, del campo, llamada Juana de León, y sin declarar su sexo á su *esposa* pasó á la Habana donde se demoró meses (en esto no hemos hecho más que seguir la historia) y fué nombrado subdelegado de la jurisdicción de Baracoa.

La *esposa* no se conformó, y Enriqueta para sustraerse á su enojo huyó y se ocultó en el pueblo de Tiguabos, jurisdicción de Santiago de Cuba, hasta que descubierta y presa en 1823, fué reconocida judicialmente, declarada mujer, exonerada del cargo público y condenada á indennizar á la agraviada consorte, á servir cuatro años en el Hospital de Paula de la Habana, siendo conducida en el traje propio de su

sexo, y cumplidos los cuales á salir de la isla y dominios españoles con extrañamiento perpetuo.

Nada recomendable fué su conducta en ese asilo donde se dice que el doctor apareció de pronto en cinta por obra y gracia de sus amores con un guardia, (único punto dudoso porque es posterior al proceso y no está en el folleto *El Médico-mujer* de José J. Hernández.) Habiendo intentado por dos veces fugarse, se la encerró en las Recogidas, "pero fueron tantas y tan repetidas las reyertas que suscitó en esta reclusión, y tantas las quejas y partes que recibió S. E. que no pudo menos que lanzarla del país antes de concluir su condena."

Se la condujo á la Florida y desapareció por mucho tiempo. En el año 48 la vemos aparecer en Veracruz, ejerciendo de partera con el hábito de las hermanas de la Caridad y bajo el nombre de Sor Magdalena. Al año siguiente pasó á Nueva Orleans con la idea de ingresar en un hospicio de Caridad.

En este punto y en tal año la perdemos de vista.

Como se comprende, disuelto por su propia virtud (ó su patente falsedad) debía

considerarse un matrimonio en que no había marido, y libre por si misma debia quedar aquella viuda doncella tan cínicamente burlada. Sinembargo como habia habido bendición nupcial y acta matrimonial en folios oficiales, se necesitó proceder á otras diligencias que anularan todo lo actuado y dejaran sin efecto el matrimonio unisexual.

He aquí otra noticia interesante que tenemos que dar al lector, y es que nuestra novela está concluida, porque ya ¿qué otra cosa podríamos hacer sino extractar la sumaria?

Si el curioso lector quiere más detalles lea la "CAUSA CRIMINAL CONTRA DOÑA ENRIQUETA FABER Ó FAVER POR SUPONERSE VARON Y EN TRAJE DE TAL HABER ENGAÑADO A DOÑA JUANA DE LEON, CON QUIEN CONTRAJÓ LEJITIMAS NUPCIAS EN &^a &^a.

Ese *lejitimas* me hace mucha gracia!

FIN.





DATE DUE

MY 22 '89

DEMCO 38-297



b89016581951 a

VB
12/10/90

89016581951



b89016581951a